



Al otro lado del río Gambia

J. Bielsa

Al otro lado del río Gambia



J. Bielsa

J. Bielsa (1946)

El 27 de junio de 1984 estrena, en el Teatro Martín de Madrid, la comedia dramática *El Puente*.

Balconete Mágico se publica en 1996.

Desde 1994 colabora en la prensa con artículos de opinión que recopila en un volumen titulado: *Artículos de primera necesidad* (1998).

El arrebato de José Sánchez (1997) es su primera incursión en la novela.

El bañista y la cigarrera (2003).

El color ocre (2004) sale a la lectura a través de diferentes páginas web.

A Charo

*A Pathé N`Dour, que un
día escribirá un libro*

Índice

Prolegómenos para un viaje	5
Otra vez en Senegal	21
Cruzando el río Gambia	39
La región de Casamance	54
Camino de Bissau	66
Vítor Sousa	82
Tres noches en Bissau	97
De vuelta en Saly	113
Epílogos para un viaje	128

Prolegómenos para un viaje

1

Contemplando la figura de bronce tuve la impresión de que el arte no les importaba. Antes de comprarla hice algunas reflexiones sobre lo triste de desprenderse de estos objetos cuando lo lógico es guardarlos para que sean expuestos en algún museo nacional. En esos momentos cruzó por mi cabeza la idea de que ellos no se sentían nación en el sentido que nosotros le damos, ni se sienten inclinados a valorar lo que nosotros valoramos, y que mi lógica no era su lógica. Pathé es wolof y Dabo mandingo. No obstante su despreocupación por este asunto quise lavar mi culpa insistiendo en que, si algún día se creaba un museo, aquella figurita que representaba a una reina diola volvería a Senegal.

Dabo había estudiado filología española y Pathé había ido aprendiendo, con los turistas, un castellano bastante aceptable. Noté que Dabo sentía celos de Pathé cuando éste le enseñó el libro que acababa de regalarle. Me lo dejarás leer, dijo, mirándome primero para desviar luego sus ojos de los míos.

En la isla de Gorée visité la casa de los esclavos que mostraba cuatro fotografías desvaídas, un par de jarros abollados y unos grilletes roñosos que habrían abrazado los

pies de numerosos negros. También tuve la impresión de que ellos sentían la historia de distinta forma a como la sentía yo.

En todos los sentimientos que me abordaban del trato con Dabo y Pathé había una diferencia sustancial a los vividos con Vítor.

Antes de volver a España, en una de las conversaciones más largas que mantuve con Pathé, le pedí que hiciera averiguaciones sobre Vítor. Pathé me aseguró que conocía bien el sur de Senegal y que tenía amigos que podrían dar con él en Guinea en el caso de que aún viviera. Vítor y yo ya éramos ancianos para la atenta mirada de Pathé.

2

Con estos recuerdos de mi pasada visita a Senegal, me preparaba ahora para hacer el viaje en busca de Vítor. Con estos recuerdos y con la certidumbre de que debía de haberlo hecho al menos una década antes, cuando aún el cuerpo respondía. Las mermas de la edad me hacen concebir temores ante situaciones imaginarias que podrían presentarse, pero el temor no llega a anular el aburrimiento en que he caído por la inactividad de los últimos meses, quizás porque ya se han cruzado las líneas de los años vividos y la asunción de que la vida, por fortuna, no es eterna. Iba del sillón italiano tapizado en piel del salón a la silla anatómica de ruedas del despacho, siempre con un libro en las manos y casi siempre aburrido de las lecturas, haciendo esfuerzos por retomar alguna con el placer que lo hacía sólo unos años atrás. A veces, ya entrando la madrugada, dejaba el libro sobre la mesita junto a las gafas y pulsaba el mando de la televisión en un desesperado esfuerzo por entretenerme. Tosía un conocido periodista y

lo achacaba a un resfriado mientras otro conocido hombre de ciencia sonreía seguro de sí, como si cabalgara a lomos de un pura sangre, afirmando que él nunca había fumado. Seguro que se morirá sano, pensé, y súbitamente me sentí solidario del periodista, que gracias a su conocimiento del medio lograba no aparecer ridículo cuando sin mostrarlo a las cámaras le acercaban los micrófonos de ambiente para que recogieran con mayor claridad sus accesos de tos. Tomé una pipa de entre las que se encontraban sobre la mesita, pensando en la exigua cantidad de tabaco que me fumaría al lado de las seis mil sustancias que agregaban las compañías tabaqueras. Desconecté la televisión para entregarme al rito de la preparación, algo que aquel científico nunca llegaría a degustar sino a través de su razón.

Clareaba el día cuando alcancé como conclusión que el convencimiento y aceptación de que la vida no es eterna me aportaba la fuerza para emprender el viaje, mientras la necesaria ilusión se fraguaba en una extraña mezcla por encontrar al amigo y saber de su reacción ante la presencia del pasado. Los sentimientos estaban recubiertos por una película de años de ausencia y su olvido no podría afectarme. Noté cómo se establecía una relación entre la posibilidad de este viaje y mis reacciones ante la lectura. Era como volver a empezar de la nada; en la medida en que ciertos autores y autoras al uso no conseguían mi interés, se abrían los caminos hacia otros que sin llegar a traspasarme, ofertaban el abismo del conocimiento, a veces haciéndome comer de una informe sopa de letras que precisaba de una búsqueda lenta. Y era esta investigación paulatina en ese zambullirme en las papillas de su elitista pensamiento, lo

que me arrastraba, precisamente ahora que el tiempo, casi con seguridad, no constituía mi mayor caudal.

3

Si tuviera que referir, influido por las recientes imágenes, algún recuerdo de cuando el tiempo no tenía fin, me vería obligado a subir a una de las torres termiteras de la Sagrada Familia, donde casi tocando el cielo con los dedos, sabiéndome por encima de una naturaleza privilegiada y en perfecta comunión con la soledad, pude despacharme un enorme tabaco de Cuba. El viento se colaba por aquel extraordinario tubo, al que me había encaramado sin grandes dificultades después de asistir al entrenamiento de un partido de baloncesto a los pies de la catedral, y burlando la supuesta vigilancia de unos obreros que andaban a su tajo entre los andamios, y que luego, desde la altura, se habían convertido en pequeñas hormigas que venían a integrar el mundo de caracoles, tortugas y otros fieros animales que constituían el basamento de tan inmenso órgano. Seguramente en este mundo de repetitivas pautas éste hecho absurdo venía a constituir mi singularidad, porque me había proporcionado un instante de éxtasis sin tener conocimiento alguno de arquitectura.

4

En el transcurrir de los días, mientras esperaba una llamada de Pathé en que me informara de la evolución de la búsqueda, desapareció mi pesar por la compra. Había navegado por Internet hasta encontrar otra reina de bronce que como la que en casa se apoyaba en un bafle del equipo de música, mantenía una vasija en cada mano –más bien parecían dos pequeñas calabazas desecadas- levantándolas

por encima de su cabeza con la misma devoción que el sacerdote alza el cáliz; dos hombres pequeños sujetaban sus brazos a la altura del codo a guisa de monaguillos ayudantes. También se sentaba con las piernas cruzadas, pero su asiento estaba sustentado por la cabeza de otro hombrecillo, a diferencia de la mía cuyo asiento se sustentaba sobre la testa de tres hombres que sólo mostraban medio cuerpo, como si las piernas y el bajo vientre estuvieran enterrados. Me fijé en que cruzaba sus largas piernas al contrario de la que yo compré, que descansaba la pierna derecha sobre la izquierda. Había en los dos bronce elementos importantes que los diferenciaban, pero ambos mostraban un cuerpo de proporciones perfectas, salvo quizás por el ombligo demasiado prominente. Tenían las dos figuras gran cantidad de detalles dignos de atención, o de un estudio más profundo para los entendidos: su nariz aguileña, las extensiones de su pelo que caían por la cara y llegaban a fundirse con los pechos enhiestos, los tatuajes de su rostro, brazos, abdomen y espalda... La mala conciencia por su compra desapareció al comprobar que quien ofertaba su venta a través de aquella página web, a un precio más barato que el que yo pagara, era una organización religiosa de Occidente.

5

Entiendo que un bafle no es el pedestal apropiado para una reina pero es el lugar que elegí nada más sacarla de su envoltorio al regreso de Senegal, porque así puedo contemplarla desde el sofá y gozar con ella las ofrendas de la música. Por detrás, colgados en la pared, hay algunos cuadros: óleos, acrílicos y grabados de distintas técnicas.

Ahora el conjunto parece haber ganado en importancia al recorrer varios siglos y diferentes culturas en el camino del arte.

6

Al hablar con Pathé y Dabo en el cenador del hotel casi me vi en la obligación de decirles que yo era algo más que español, o algo menos; o sea que decirles tan sólo eso empobrecía la conversación. Pero qué más podía añadir ¿que era castellano? Sentí que cuanto más redujera la búsqueda más me metería en un pozo sin fondo cuando lo que de verdad creía es que ni siquiera ser europeo tenía importancia. Pero estas lucubraciones internas podrían hacer incomprensibles nuestras palabras. Al menos era lo que yo pensaba en aquellos momentos en que conseguía que me hablaran de sí mismos. Dabo, pausado y reflexivo, mostraba el blanco de sus ojos manchado de rojo, y supe por Pathé que pertenecía al partido de la Unión Progresista creado por Léopold Sédar Senghor (luego PSS) que había gobernado durante muchos años. Él se decía seguidor del actual presidente Me Abdoulaye Wade, un venerable anciano en quien tenía puestas muchas esperanzas.

Pude observar que cuando Dabo entraba en el hotel se dirigía a los camareros y a los recepcionistas con la seguridad de que nadie pondría en cuestión su presencia en ese lugar para extranjeros. Pathé por el contrario tenía el estigma de los humildes: le faltaba aplomo, pero me gustaba el respeto que mostraba por los mayores.

7

Para hablar de Vítor es preciso retroceder un cuarto de siglo hasta situarnos en el campus de la escuela Stefan

Gheorghiu de Bucarest, donde habíamos llegado jóvenes de distintos países para seguir sus cursos de sindicalismo, pero también es necesario un gran esfuerzo por mi parte, porque una cosa es que te asalte un recuerdo y otra someterte a una escandalosa búsqueda a través de la memoria. Decididamente no me encuentro hoy en condiciones de rebuscar en el pasado, es más, creo que el pasado cuando ha perdido continuidad es un absurdo, o dicho de otra forma, cuando la idea que nos animaba por cambiar el mundo ha naufragado. Y sin embargo comprendo que los días vividos con él en Rumanía son imprescindibles para dar sentido al viaje que pretendo.

8

En algún momento de la noche decidí que si llevaba la reina diola frente a un espejo, la imagen reflejada podía mostrar que su pierna izquierda descansaba sobre la derecha, y entonces la fotografía que mostraba aquella página web simplemente estaba equivocada. La transporté con cuidado, casi con mimo, diciéndome que sólo las cosas sagradas merecen ser tocadas. Así era.

9

Fue Pathé quien me contó que los diola no llegaban a integrarse, que suponían un problema para Senegal. Ocupaban la parte sur del país, la Casamance, se mostraban ariscos con el gobierno y reclamaban mejores condiciones. Si al fin encontraba a Vítor y yo quería emprender el viaje, él me guiaría a través de su territorio. En alguna fotografía había visto a un diola trepado en una palmera, como yo me encaramaba al termitero de la Sagrada Familia cuando era joven, de la que extraía el jugo que vertía en una pequeña

calabaza; un jugo dulce decía el pie de foto. También cruzaríamos el río Gambia.

Debe de ser la edad la que me debilita y esta obligación de leer entre líneas que te impone la publicidad moderna. Puedo entender la idea de independencia de una etnia con territorio e idioma propio, pero queda muy lejos de mi concepción en este mundo dependiente. Aunque saber de la existencia del Movimiento de Fuerzas Democráticas de Casamance, organización armada separatista, no me crea temor alguno, no dejan de asustarme un poco otras lecturas en las que se afirma la presencia de bandas armadas de delincuentes que asaltan los caminos.

10

Los días de enero pasados en Senegal no me aportaron conocimiento alguno sobre este país. En realidad estuve recluido en Saly, un complejo turístico, y salvo una excursión con Pathé a Dakar y la isla de Gorée, el tiempo transcurrió en sus soleadas playas. Tuve poco trato con la gente y siempre amparado por el sentimiento nativo de molestar lo justo y con una sonrisa en la boca; no sería bueno matar a la pérfida gallina de los huevos de oro. Así, fui un pérfido turista que gozaba de su tranquilidad, las más de las horas en su propia cabaña, y que asistía sin demasiado interés al arrastre desde tierra, por dos cuadrillas de muchachos, de las redes de pesca lanzadas a doscientos o trescientos metros por las canoas coloreadas, sin una saloma que unificara e hiciera más dulce el quehacer. También observaba sin sobresaltos los blancos pechos ávidos de sol de mis congéneres francesas en sus paseos a derecha e izquierda de las palmeras. Sólo una tarde, yendo de camino al pequeño súper para comprar provisiones de

güisqui, me sentí atraído por el olor a morralla, suave y adormecedor al principio, y avancé hasta el poblado de pescadores. La escena que presencié se me quedó grabada: una mujer alemana, encaprichada por la camisa de una nativa, ofertó lo suficiente para que la muchacha se despojara de ella allí mismo; las demás mujeres apenas sí prestaban atención entretenidas en golpear con fuerza los caracoles de mar para extraer las especias con que adobar la comida. Aquella noche soñé con olas y la percusión del tambor no dejó de latir en mis sienes, como si hubiera una fiesta cercana, pero creo que fue debido a la cantidad de alcohol tomado.

11

Quiero suponer que los recuerdos de Vítor llegarán poco a poco, pero me indignaría si los que viniesen no fueran sino los referidos a deseos antiguos como sucedáneo de lo vivido.

*“...o mar é tão bravo
a canoa é tão pequena
não faz marola para canoa não virar...”*

Hice este ensayo de viaje, este acercamiento al África negra, impulsado por la misma debilidad que a veces me lleva a leer un libro cualquiera, sintiéndome incapaz de oponer resistencia; por la misma profunda hondura que me lleva a aparearme de cuando en cuando; con la misma evanescente necesidad de beber que a veces me arrastra, es decir, como merodeando alrededor de la vida siempre esperando que se abra alguna puerta por la que merezca la pena internarse.

Paulo Sebastião sacó la carta más alta y a mí me eligieron para dar la cara porque era el único que podía pasar por rumano. No tenía más que bajar al hall del hotel y hablar con una de aquellas muchachas. El precio resultó ser de cincuenta dólares y de nada le sirvió a Paulo haber ganado porque entre él, Vítor, Damião, Leonardo y yo, no sumábamos más que treinta y nueve. Los gastamos en bebida para calmar la sed y pasamos la noche cantando.

12

Para febrero, ya en casa, las noticias del sur de Senegal no son tranquilizadoras. Informan unos días después de mi regreso, que las revueltas del MFDC han dejado algunos muertos: tres soldados de Guinea Bissau han caído por enfrentamientos en la frontera. En abril otro titular: *“Comienzan las inversiones para la posguerra en el sur de Senegal”*, y el artículo afirma que la conflictiva provincia de Casamance está recuperando lentamente la paz. En mi mente aburrida estas noticias se insertan como saltos al vacío del desconocimiento, pero claro, decido quedarme con la idea que despeja de peligros el camino que seguramente recorreré en busca de un hombre con el que conviví un mes hace más de veinticinco años. Entre una noticia buena y otra mala ¿quién escogería la mala?

13

Mientras espero la llamada de Pathé trato de pensar como el hombre racional que fui en ciertas etapas de mi vida, como el hombre de la tele que no fuma, y es cuando me digo que al nuevo viaje que proyecto no debo de darle más

importancia que a cualquier otro, es decir, que he de sumergirme en él como me zambullo en las sopas de letras de algunos libros, esperando, simplemente esperando, por si se abre alguna puerta. Veinticinco años pueden ser en muchos casos la mitad de una vida (más aún si ha sido vivida en un país poco desarrollado) y sólo un idealista puede mantener un recuerdo de una vivencia tan breve. Es verdad que él vertió alguna lágrima cuando nos abrazamos en el aeropuerto de Bucarest y que me dio su blusa tintada a mano (que aún guardo en un armario), pero es posible que obedeciera sólo a la sensiblería de nuestra joven edad, ahora somos, ante la atenta mirada de otros hombres, casi ancianos. No hay base, me digo con seriedad, para atribuir a Vítor después de tantos años, la posibilidad de querer encontrarse con el pasado. En la última carta que recibí decía: “...sobre a minha ida a Espanha, podes contar com ela, mas para 1979 ou 1980. Junto te envio dois livros de poesias dos jovens poetas da Guiné-Bissau. Na era colonial, tal não foi possível...”. Luego todo se derrumbó en el silencio. Durante algún tiempo anduve indagando sin encontrar respuestas y sólo de cuando en cuando llegaba el rumor de un golpe de estado en su pequeño país.

14

Hoy no he podido resistirme cuando pasaba frente a la reina diola, a permanecer unos instantes ante ella.

Qué otra cosa podía hacer / más que contemplar / y miraba dos líneas perfectas / como el negativo de una estrella audaz / Me adentraba / por el litoral de tus ojos negros / hacia qué sé yo qué mundo criollo / No me atrevía a rebasar / las marcadas olas de tus labios / porque intuía

*que habría de perderme / más abajo / dibujando el cuello /
y quizás no supiera retornar de tu dorado cuerpo / Qué
otra cosa podía hacer / que apartarme lentamente de tu
mundo / y venir a dejar en unas líneas / lo que quiero
retener por tanto tiempo.*

15

Antes de conocer a Vítor lo más cerca que había estado de un negro era la hucha del domund y algunas lecturas sobre países ignotos. No es de extrañar que descubriera algo nuevo con su cercanía y que su entrada en el salón de la Unión General de Sindicatos Rumanos me dirigiera a pensamientos prestados: Era, como diría Ganivet, de alta y bien formada talla; de color negro claro; de expresión altiva y perezosa. Podría añadir que su gesto altivo obedecía a la timidez, o la desconfianza, y que fue desapareciendo de su expresión cuando se sentó a nuestro lado y prestó oídos a nuestras conversaciones. Pero con seguridad lo que me sedujo de Vítor, Paulo, Damião y Leonardo, era la imagen de liberadores de sus pueblos que proyectaba mi imaginación. Tenía a mi lado auténticos guerrilleros del MPLA, FRELIMO y PAIGC que se habían levantado en armas contra los ejércitos coloniales portugueses, y esto encendía en mi interior todo el ardor que no había encontrado expresión más que en la lucha clandestina de octavillas y manifestaciones a salto de mata, frente a un dictador que acababa de morir en su cama, cuidado y entubado hasta las orejas. Podía decirse, sin temor a falsear la historia, que en España habíamos salido de una gripe de cuarenta años medicándonos con fármacos que, eso sí, habían generado la euforia de una noche festejada con champagne. Resultaba que los negritos de las huchas tenían

voz para expresarse y manos y hombros con que abrazar los fusiles, y como decía Vítor, fueron capaces de establecer la táctica de dentro afuera cuando los coloniales esperaban la sublevación desde las fronteras hacia el interior; aunque el verdadero ataque que minaba el ejército colonial eran las deserciones de sus jóvenes que cruzaban España en un suspiro para instalarse un poco más allá.

16

Al fin la espera se ha visto compensada: llamó Pathé (el “paté español” como le dicen sus amigos) para darme la buena nueva de que ha localizado a Vítor, que vive en Bissau (¡que vive!) y que, añade con un leve tono de alegre admiración, creo que fue ministro.

Por la noche lo celebro bebiendo un poco, hasta alcanzar ese punto donde la conciencia se mantiene relajada sin riesgo de ensueños fantasmagóricos y preguntándome que cómo puedo ser tan tonto. Que cómo he podido guardar el recuerdo de un amigo durante tantos años cuando él, ahora puedo pensarlo con cierta seguridad, arrumbó las vivencias de aquellos días.

Y no obstante voy a ir a buscarlo. Hace tiempo que me gusta comprobar las salidas de tono de la vida con mis propios ojos y con mis propios dedos desacralizar lo que otrora consagré. ¿Y si me encuentro con un hombre mayor que no reconoce al viejo de pelo blanco que se planta ante su puerta y le dice que lleva veinticuatro años esperando la visita prometida? Entonces daré media vuelta, subiré al coche que Pathé ha contratado para atravesar Senegal y Gambia y volveré por el mismo camino disfrutando del paisaje. Es la hora de saber si la distancia ha logrado preservar esta amistad. De ser así, si la falta de noticias es

capaz de obrar tal milagro, tendré que preguntarme a cuántas otras amistades ha decepcionado mi presencia.

17

Saly, a pesar de sus turistas, no difiere mucho en cuanto al conocimiento que sus habitantes tienen de sí mismos con cualquier pueblo de nuestro entorno. La temporada de los franceses termina en junio y entonces comienza la de los españoles, que suelen llegar entre julio y agosto. Pathé, aunque nacido en Dakar, recuerda su niñez en St. Louis donde llegó a hacerse un buen nadador practicando en el mar y en el río, y piensa ahora en ello mientras limpia el sudor de su cara con un pañuelo de papel, diciéndose que no nadaba por amor al deporte sino por huir del calor.

Cuando llega a la tienda de regalos de su amigo y saluda cortésmente a todos los presentes y estrecha sus manos y pregunta cómo se encuentran ellos y sus familias, acerca una banqueta a la sombra para pasar a integrarse en el grupo que bromea mientras observa el leve movimiento de gente por la plaza de los Cinco baobabs. Su amigo también gestiona el Maxin's, un restaurante en la playa, que tiene alquilado a un extranjero, y adonde él suele encaminar a los turistas que guía, bien para que coman o para que tomen una copa del cóctel especial que preparan en dos versiones, una con alcohol y otra como refresco.

Dejando que la conversación transcurra sin prisas, se hace un hueco entre los silencios para preguntar si alguien ha visto a Darame. No, aún no lo han visto, pero pronto aparecerá en su motocicleta. Entonces Pathé se extiende en explicaciones de porqué necesita ver a Darame. Está

indagando sobre un hombre llamado Vítor Sousa de Guinea Bissau porque un amigo suyo español lo perdió hace muchos años y quiere encontrarlo, quiere saber cómo se encuentra de salud, cómo está su familia, si se casó, si tiene hijos. El grupo ha prestado atención a su relato y concluyen que es una historia bonita. Pathé vuelve a secar el sudor de su rostro. Si lo encuentra viajará hasta Guinea Bissau acompañando al español, y aunque mantiene una pequeña duda de que el *tubap* haga un viaje tan largo sólo para reunirse con su amigo, razona que esto forma parte de su trabajo de guía, y más aún, empieza a pensar que también a él le parece una historia bonita por la que vale la pena poner empeño en las averiguaciones. De su experiencia con los turistas españoles sueña con escribir un día un libro; en él hablará de la mujer gallega, siempre acompañada por su madre, con la que ha de visitar en cada viaje la isla de los pájaros, donde se pasa las horas observando las aves; de su amiga de Zaragoza, que siempre quiere ir al hotel La Medina y compra muchas tallas en madera y vestidos *gran bubú*, con cuyas compras comercia luego en su país. También sabe de dos hermanos maricas, uno de ellos juez, personas muy importantes, pero ellos no son clientes suyos, los conoce porque aquí, en Saly, no es como en Dakar, aquí se sabe todo de los extranjeros. Hay otros hombres malos de los que no le apetece escribir. Vuelve a limpiar el sudor de su cara, la motocicleta de Darame sube por una de las callejas de la playa, despacio para no levantar la arena.

—Sí.

—Soy Pathé, de Senegal, ¿cómo está?

—Muy bien, ¿y tú?

—Muy bien.

—¿Y tu señora?

—Muy bien.

—¿Y tu hija?

—Ella está feliz. Verá señor, le llamo porque he encontrado a su amigo de Guinea.

—¿De verdad?

—Sí, él vive en Bissau, en la capital, y creo... creo que fue ministro.

—Qué alegría, entonces tendré que preparar el viaje.

—¿Cuándo viene?

—Déjame unos días para arreglar un asunto y sacar el pasaje. Dentro de una semana te llamo y me dices cuánto me costará.

—Yo iré contratando un coche con aire acondicionado.

—¿Cuántos días puede durar el viaje?

—Pues la primera noche la pasamos en Dakar, para salir temprano al día siguiente hasta Ziguinchor, allí dormimos la segunda noche y la tercera ya estamos en Bissau, ¿cuántos días quiere estar con su amigo?

—Pon tres noches en Bissau.

—Entonces en siete noches.

—Bien, yo iré para diez días; en una semana te llamo y me das el presupuesto.

—De acuerdo señor.

—Oye Pathé, no me llames señor, soy Tomás.

—Es por mi trabajo... de acuerdo señor Tomás.

—Un abrazo.

—Espero en mi móvil... un abrazo.

Otra vez en Senegal

1

El vuelo que tenía prevista su salida a las 17,30 se retrasa porque un pasajero se niega a volar. Un ataque repentino de pánico (aunque sospecho que todos los ataques de pánico han de ser repentinos) se ha apoderado de él y lo lleva a cometer el disparate de echarse a caminar por las pistas. El comandante da noticia por los altoparlantes, se está procediendo a la búsqueda y retirada de su equipaje, dos maletas facturadas, por lógicos motivos de seguridad. Creo que, con más o menos intensidad, a cada uno de los viajeros acomodados en los asientos se nos pasa por el magín aquello de una bomba en la maleta, y la pantomima del miedo que lleva al sujeto a abandonar el lugar del crimen. Pero no es verosímil la historia después de armar tanto alboroto.

Atravesábamos en un aparato a motor la región de Transilvania sobrevolando extensos montes delineados por cortafuegos. El día era claro. Vítor, sentado a mi lado, no paraba de hablar aquejado por cierto nerviosismo que

confería a su voz el timbre de la ilusión. Él no era un novato en eso de volar, ya lo había hecho en diversas ocasiones desde Lisboa a Bissau, cuando estudiaba en la metrópoli, y más recientemente en sus viajes a Moscú, por lo que la leve vibración de su voz, pensaba yo, venía a transmitir el sentimiento que lo embargaba. Pudo ser la masa verde de las copas de los árboles, que de vez en cuando nos inclinábamos a contemplar, lo que le traía el recuerdo de las tierras devastadas por las bombas de napalm, o el tabletear de los motores que se me antojaba como el fragor del combate en plena selva, cuyos ruidos y cuyas llamas gelatinosas hacían huir llenos de espanto a los animales hacia zonas más seguras, lo que llevaba a Vítor a hablar sin pausa de la lucha de su pueblo y de cómo, según iban liberando territorios, lo primero que instalaban eran las escuelas de alfabetización; unos techados de palma y una pizarra constituían todo lo necesario, o todo lo asequible, para dar clases a los niños y a los adultos. Vítor se emocionaba con facilidad y hasta perdía a veces su elegancia, aquella primera impresión que me causara con su camisa blanca bordada con hilo de seda blanco, su introvertida dureza con la cabeza alta cuando explicaba la muerte con que sentenciaron a los colaboradores de los colonialistas infiltrados en sus filas; toda su prestancia se hacía añicos cuando se sentía acosado por algún que otro recuerdo o acontecimiento sobre su pueblo, y lo transmitía sin pretenderlo. Poco antes de esta gira, que se preveía con una duración de siete días y sería el colofón del curso: una excursión placentera por Rumanía, Vítor estuvo a punto de abandonar la escuela y partir para Bissau. Apareció inundado por las lágrimas en el rellano de la escalera dejándonos a todos perplejos y a la espera de que informara

de la catástrofe. Al fin Olguita pudo decirnos que se trataba de la muerte, por accidente de tráfico, de un amigo suyo. Luego, dejando tiempo a que se calmara, lo visité en su habitación y más tranquilo me contó cómo a la pena y el drama por la muerte de su camarada Chicote se unía la tragedia por la muerte de Francisco Mendes, uno de los pocos cuadros con que contaba el partido y el país, porque los colonialistas, cuando fueron expulsados, dejaron la mísera cifra de ocho o nueve personas con alguna formación en toda Guinea, el resto eran analfabetos, gentes de distintas etnias difíciles en poner de acuerdo. Por la noche Vítor se había transformado. Dejó atrás las lágrimas y asistió a la fiesta, pero todos sus cantos estaban impregnados por la fatalidad. *Quem matou Amílcar Cabral?/ Quem matou Amílcar Cabral?/ Foi um individuo de olho de vidro que se chama Spínola...*

Cuando despega el avión de Barajas son las 6 de la tarde y retraso el reloj dos horas para situarme en el horario de Senegal, donde me espera Pathé. Hoy es 15 de junio y hace tres días tuvimos nuestra segunda conversación telefónica en la que me dio un presupuesto de 1.100 euros que cubría sus honorarios de guía, el alquiler de un vehículo con aire acondicionado y el chófer, y otros gastos que pudieran surgir con respecto al vehículo. Lo sorprendí cuando le dije que tenía en mi poder el billete de avión con fecha 15 de junio y que llegaría a Dakar a eso de las 21 horas. Tras la sorpresa una voz grave que se alegra sin fingimiento y que pregunta si cuento con el visado para Guinea. No, le digo, tendré que conseguirlo en Dakar pues en España no hay embajada donde solicitarlo. Dejamos también atados otros aspectos del viaje.

Ahora, camino de Dakar, tengo la sensación de haber puesto en marcha el capítulo final de una historia. Algo me dice que tanto si encuentro a Vítor como si no, la historia de nuestra amistad perdida en el laberinto del tiempo dejará de tener el sentido mítico que ha cobrado. Mi vuelta de Guinea Bissau será como haber extraído el último cubo de agua, con restos de barro, del pozo de un sueño de dudas que viene durando veintiséis años.

A mi lado, junto a la ventanilla, hay un joven con la cabeza rapada y gracias a que el avión no lleva el pasaje completo entre él y yo queda un asiento vacío. Esta distancia permite, sin que se cree algún tipo de tensión, que ambos guardemos nuestros silencios.

2

Volamos sobre el Atlántico cuando una voz femenina, que se presenta como el sobrecargo, anuncia que en breve se servirá un *buffet* a los pasajeros de la clase *business*, y el resto, si lo desea, puede solicitar a los aeromozos el servicio de *catering* que no está incluido en el precio del pasaje.

El servicio de *catering* incluye el vaso de agua al precio de un euro. Decido no beber hasta llegar al aeropuerto de Las Palmas, donde haremos una escala que no estaba prevista cuando reservé el billete. Me siento ligeramente indignado.

Oh, qué copa deliciosa nos diste para beber / lágrimas y cantos por el camarada muerto...

3

Pathé vive en M`Bour, a pocos kilómetros de Saly, donde se trasladó con su mujer Fatú y su hijita porque así está

más cerca de los turistas, más cerca de la fuente de trabajo. Tanto Saly como M`Bour parecen una inmensa playa en la que se hubieran dispuesto las calles colocando sólo los bordillos sobre la arena.

Acaba de subir al todoterreno que tiene alquilado para recibir a su cliente y pone en marcha el sistema de aire frío. Apenas sí se nota. Baja la ventanilla para no asarse. Anda un poco confuso con las últimas palabras que le dijo el español porque no sabe cómo interpretarlas. Mañana, nada más levantarse, tendrán que ir a la embajada de Guinea Bissau para conseguir el visado, ni él ni el chófer lo necesitan, los centroafricanos no necesitan de esos papeles para pasar de un país a otro. Sólo el coche precisa tener en regla el seguro. Mientras recorren los ochenta kilómetros que les separan de Dakar, camino del aeropuerto, apenas cruza unas palabras con Ada. Ada no es muy hablador y él lo valora como una cualidad de buen conductor, pero en estos momentos le gustaría recibir su opinión sobre lo que el español le dijo. Se conocen desde hace tiempo aunque siempre que han estado juntos ha sido por motivos de trabajo.

—El *tubap* me dijo que quería comer en los mismos restaurantes en que yo comiera.

—Por mí no te preocupes, yo me arreglo muy bien solo.

—También me dijo que quería que me hospedara en los mismos hoteles que él.

—Pero tú ya lo conoces, ¿no?

—No lo suficiente.

Ada suelta una risa sin prejuicios y añade con ironía:

—Pues ahora lo vas a conocer muy bien, a fondo, yo os recogeré por las mañanas, a la hora que me digáis.

Los dos ríen.

Han salido de M'Bour con un margen de tres horas y media para que el atasco que se forma a la entrada de Dakar no les impida llegar al aeropuerto antes de que lo haga el avión. Por el camino Pathé cavila su estrategia.

4

En Las Palmas nos han trasladado directamente a una sala de tránsito. He guardado la hoja del menú elaborado con la colaboración de *Gate Gourmet*, compañía líder en *catering* de aviación, y ojeándola he recordado que tengo sed. De un vistazo puedo observar que la sala no está acondicionada para cobijarnos adecuadamente el tiempo que dura la escala, y que no tiene salida que la comunique con el resto del aeropuerto. Como impulsado por un resorte me encamino a la entrada donde soy obstaculizado por un policía que me espeta que no puedo salir. La indignación crece y expongo con rudeza que necesito beber agua. Nos miramos. Él sabe y yo sé que no es la sed la que me empuja a actuar así, y yo sé que él sabe que no cejaré en el empeño.

—¿Dónde puedo poner una denuncia? —Le digo.

—Esto es responsabilidad de la compañía con la que viaja.

—¡A mí no me importa quién es el responsable! — Insisto.

El policía señala con el dedo, en el otro lado de la sala, a una mujer de uniforme marrón con pañuelo de colores al cuello:

—Pregúntele a ella.

Después de unos minutos la señorita del pañuelo de colores abre una puerta lateral de grosero aluminio por donde salgo a la cafetería.

A mi regreso camino despacio sin levantar los ojos del suelo creyéndome culpable por un privilegio discutido (en cuyo enfado me han llegado a preguntar si poseo pasaporte comunitario), hasta que poco a poco siento la insistencia de una mirada. Ya he atravesado nuevamente la sala, en sentido contrario, y al levantar la vista observo muy cerca de mí los ojos avellana de una mujer madura de extraordinaria belleza que me transmite, casi con palabras, que ha seguido mis discusiones dejando entrever su complacencia. Le ofrezco la botella de agua, que aún no he abierto. No la acepta, pero me siento a su lado. (*Qué otra cosa podía hacer / más que contemplar...*). Al fin me decido:

—¿Cuál es tu nombre? —Pregunto al tiempo que los altavoces nos llaman para embarcar.

Hay un silencio en su boca y una sonrisa en sus ojos. Hago un nuevo esfuerzo:

—*Noutulu.*

Ella se pone en pie y cuando va a echar a andar, se vuelve y dice:

—Soy Alium Site Yata.

Cuando intento acercarme para seguir conversando, decirle mi nombre por ejemplo, dos hombres grandes se interponen entre nosotros y luego hacen sitio a la gente que se incorpora por los flancos y así va creciendo la distancia entre ella y yo.

5

Ni subiendo en vuelo para remontar las nubes es posible escapar al pensamiento dominante, porque éste es capaz de tomar posesión de un cuerpo joven (que debía ser rebelde) y sentarse otra vez a tu lado, con un asiento vacío por

medio, para disparar los dardos de la palabra. El omnipresente pensamiento imita a veces las voces de sirenas que te atraen y debes ajustar el cinturón para no dejarte arrastrar por su constancia, su duración permanente.

La conversación comienza así:

—He visto que este avión tiene por nombre Cuba.

E indudablemente son las imágenes de la isla, que se proyectan en múltiples pantallas terminales, las que han sugerido el tema al joven de cabeza rapada.

—Sí, también yo he reparado en ello.

El joven habla italiano y yo le contesto en español. En el mismo momento en que aparece la plaza de la Revolución, con el gran icono del Che sobre el mural, agrego:

—Es interesante.

—¿Qué es lo interesante? —Pregunta rápido con sonrisa pueril.

—Si hablamos de Cuba, muchas cosas. Sus gentes, por ejemplo, que son amables y cariñosas, y si hablamos de sus gentes pues Fidel y el Che Guevara. —Contesto señalando la pantalla más cercana.

—¿Interesante...? —Se pregunta en voz alta mientras piensa una respuesta aguda con la que rebatir mi opinión—. Tal vez fuera interesante hace sesenta años.

No cabe duda de que el joven ha echado mal la cuenta, pero para entonces, sólo con intuir su intención, ya he apretado el cinturón del asiento en torno a mi estómago. Luego dijo algún pensamiento que le vino a la cabeza y yo le contesté que me disculpara, que no le había entendido, que no comprendía bien el italiano. ¿Y el inglés? ¿Y el francés? Tampoco, sólo español y a veces ni siquiera español, sólo castellano.

El joven terminó arrojando su cabeza con la manta. Al menos en algo coincidimos: también a mí me molesta la frialdad mecánica del aire acondicionado.

Otra vez en soledad y en silencio revivo el incidente para constatar que me he hecho viejo (esto lo percibo siempre que salgo del mundo que me he construido), y como tal debo de dar otra oportunidad al muchacho. ¿Hasta dónde podía alcanzar su intencionalidad al decir *tal vez fuera interesante hace sesenta años?* No creo que haya querido herirme, simplemente se ha dejado llevar por el ímpetu de su edad, ha querido mostrarse inteligente, conocedor de la historia, sólo ha querido enfatizar con el tiempo transcurrido para hacerme ver que todo ha evolucionado. ¿Qué puede saber este joven de aquellos años —me pregunto— salvo lo que haya leído o lo que haya oído contar? Seguro que las imágenes que él guarda no pasan de ser iconos, grafismos publicitarios, que en nada pueden aproximarse al sentimiento de un hombre tras un fusil defendiendo una causa.

Cualquiera de ellos no era una idea de guerrillero que se desprendiera de la imagen de Fidel, eran carne de libertadores con heridas de metralla en el pecho, como Paulo, al que le cruzaba una hermosa cicatriz por encima de las tetillas. ¿No era Amílcar Cabral un líder de la revolución africana que fue asesinado a los 49 años, cinco después de que lo fuera el Che, por defender la independencia del África negra?

No era casual que la habitación 108 del anexo sindical fuera un centro de reunión. A mí me gustaba el trasiego de gente aun cuando me privaba de cierta libertad, pero la visita que recibía con más agrado era la de Olguita y Vítor. Aprendía mucho sobre los pueblos de América y África;

todas las noches se generaban discusiones acaloradas sobre las distintas tendencias dentro de sus organizaciones.

Olguita nos explicaba que también en Panamá existían guerrilleros. Nosotros, principalmente Vítor y yo, bromeábamos con las cosas que ella decía, aunque iba entrando poco a poco en nuestras cabezas que aquella mulata, divertida y coqueta, tenía unos criterios muy claros. Pero nos hacía dudar cuando se mostraba partidaria de Torrijos. Omar Torrijos, el coronel —yo lo había leído en algún sitio—, cursó sus estudios en la escuela militar yanqui de Panamá. La escuela era la avanzada de la CIA y por ella pasaban militares de todo el continente. No parecía hombre de fiar y en cambio ella le daba un sincero apoyo.

A pesar de haber transcurrido casi dieciocho años, el asunto cumbre de nuestras reuniones es la revolución cubana. Todos tenemos opinión. Todos sentimos un profundo respeto y circulan por nuestras manos escritos atribuidos a los comandantes Fidel Castro y Ernesto Guevara.

Un día sorprendí a Vítor ensimismado. Tenía la vista perdida en un ángulo cualquiera del aula. Lo dejé un rato. Miraba el ángulo y dibujaba en un papel. Parecía que extrajera sus ideas de aquel rincón. Empujé su codo y le pregunté si estaba pensando en Olguita. Rió fuerte, desde dentro, y me enseñó el dibujo.

—¿Qué es eso? —parecía una mancha de las que usan para los psicoanálisis— ¿nos van a hacer un test?

—*Esta é a nossa patria amada: Guiné-Bissau.*

Hacia pocos años que Amílcar Cabral había dado ese nombre a los territorios liberados de la Guinea portuguesa. Vítor lloraba. Sus lágrimas eran siempre una sacudida para mí que no recordaba cuándo había llorado por última vez.

Tomé su dibujo y lo guardé entre las páginas de mi cuaderno. Él transmitía otra forma de pensamiento. Decía palabras que yo habría endurecido sin darme cuenta. A veces pasaba su mano por mi hombro como cuando yo era niño e iba al colegio con mis amigos. Recuerdo un día que salimos de paseo. El jardín botánico quedaba cerca de la escuela. Íbamos perdidos en la suavidad del tiempo y en las historias de su país cuando cogió mi mano. Tomó mi mano como si aquello fuera lo más natural del mundo. Sentí un escalofrío. Rubor. Creía que todas las personas con las que nos cruzábamos se hacían preguntas sobre nosotros, pero no la retiré. Nunca le pregunté si notaba mis reacciones internas. Caminamos así mucho tiempo, casi un siglo, hasta que nos agachamos para leer el nombre de una rosa: *Foc de tábara*, era una rosa de terciopelo rojo.

¿Acaso alguien puede venir volando a robarnos los recuerdos? ¿*Qué es lo interesante?* La pregunta del joven en pleno vuelo, en pleno desplazamiento de un lugar del planeta a otro, en pleno tránsito de una acción a otra, en plena peregrinación de la vida en su vivir diferentes y consecutivos momentos, nos llevaría a preguntarnos si es el viaje un lapso de tiempo entre dos trozos de vida o si constituye también en sí mismo otro trozo de vida. Miré al joven arropado hasta la cabeza con su manta y me vi yo mismo, también enroscado en ella, cubriendo mis partes más débiles: la tripa y las cervicales. Podíamos ser dos parias olvidados en cualquier rincón del mundo si no fuera porque viajábamos a bordo de un avión.

6

El encuentro con Alium Siteie Yata resultó infructuoso debido a mi timidez. Me levanté tres veces del asiento y

recorrí el pasillo (con la absurda e íntima justificación de dirigirme a *la toilette*) y con la clara intención de encontrarla y comenzar la conversación que no había llegado a iniciarse. Sí, de hecho pude ver el tocado de su cabeza, un esplendente pañuelo blanco con bordados de seda blanca anudado como corto turbante, pero no me atreví a sentarme a su lado, ni siquiera a pasar delante de ella para observar si me reconocía. Sólo cuando tomamos tierra y las azafatas dieron prioridad en la salida a los viajeros de primera clase, quise adivinar que me dirigía una mirada antes de empezar su descenso del avión.

7

En su condición de guía independiente Pathé espera tras las vallas metálicas, fuera del edificio del aeropuerto, en medio de unas cuarenta personas que se agrupan para recibir a los viajeros. Ha dibujado en una hoja de papel el nombre de TOMAS porque tiene dudas en reconocer al español después de los meses transcurridos. Es una dificultad que tiene que superar: los rasgos de la cara de los *tubap* parecen diluirse, perderse dentro de su propia claridad. Cuando tenga su agencia no vendrá él a recibirlos pues el primer contacto le aterra; lo harán sus empleados a los que entregará un cartel de buenas dimensiones donde estará impreso el nombre de su compañía: VIAJES N'DOUR. De pronto el temor por no reconocerlo desaparece (el hombre al que esperaba está frente a él) y en su lugar nota una pequeña turbación, y un calor que no puede confundir con la temperatura del ambiente, al saber descubierta su debilidad por el cartel que aún mantiene en alto. ¿Cómo se ha podido desdibujar en su recuerdo aquella nariz?, se pregunta, ¿y esa barba canosa? Ahora sí las

recuerda, pero más que en imágenes, escondidas tras las palabras de un pensamiento que le asaltó cuando charlaban en el cenador del hotel y que se cuidó mucho de no mencionar: “este hombre fuma con pipa para ocultar su nariz; es tan larga que parece que siempre estuviera dispuesta a saltar de su cara; además no tiene labios, por más que miro por detrás del bigote no alcanzo a ver sino una rayita”.

8

Ada es alto y fibroso como un jugador de baloncesto. Ha hecho intención de coger la pequeña maleta del viajero pero éste se ha resistido no entregándola hasta que ha abierto el portón trasero del vehículo, dejándosela entonces para que él la acomode a su antojo entre su bolsa de viaje y la de Pathé. Luego han partido en dirección al centro de la ciudad, detrás del mercado del Carmen, donde Pathé y el español se hospedarán esta noche.

La comunicación no es muy fluida. A Pathé le asaltan de nuevo sus temores y propone ir a cenar una hamburguesa y luego visitar un bar de copas; es algo que suele romper el hielo con los turistas cuando estos vienen solos.

—Quiero presentarle —dice Pathé— a una joven muy guapa que estudia español. El español está de moda en Senegal, muchos jóvenes lo estudian.

Tras de la barra una muchacha tocada con boina azul le sonrío y él devuelve la sonrisa. En el mostrador hay cuatro o cinco chicas que vienen y van, y en otra mesa conversan dos jóvenes aburridas. La muchacha de la boina explica que acaban de salir del bar unos marineros españoles muy simpáticos. Eran gallegos, dice.

—Entonces encontraste a Vítor.

—Sí, verá, tengo todos los datos para localizarlo. Una vez llegados a Bissau será fácil dar con él.

—Pero primero tendré que conseguir el visado.

—Mañana, a las ocho, nos recogerá Ada para ir a la embajada. Seguro que no habrá problemas, aquí todo es más fácil, pronto verá a su amigo... Sabe, son putas —dice señalando con la vista a las dos jóvenes de la mesa.

—Es de suponer, en esto no varía mucho cualquier lugar del mundo.

—Intentan sobrevivir. África es así, es muy dura, a nosotros nos enseñan a sobrevivir desde pequeños.

—A mí me hicieron creer que podía salvar doncellas secuestradas por dragones, y con esa lógica, que cuando me hiciera mayor podría salvar el mundo de sus males...

—¡Qué bonito! —exclama el joven.

—También me hicieron creer, y esto me da vergüenza decirlo, que podría liberar negritos del paganismo.

—Yo soy islamista.

—Yo no soy nada. Pero tú no pareces un gran practicante a juzgar por la copa que estás tomando.

Pathé rompe a reír sin disimulo. Es una risa fuerte y franca.

—No bebo alcohol, hoy lo hago por acompañarle.

—Entonces podías haberlo dicho antes porque me encuentro cansado del viaje. ¿Qué te parece si nos vamos al hotel?

—Tomaremos un taxi, a estas horas hay gente mala en las calles de la capital.

9

No estaba cansado, hubiera preferido callejear por Dakar en la noche para escuchar sus ruidos y sus silencios, mas

no me pareció oportuno contradecirlo cuando mostraba una gran atención observando cuanto habíamos hablado. En el hotel Oceanic reservó una habitación doble. Yo elegí la cama más cercana al balcón.

Pathé se interesó por mi amistad con Vítor y algo tuve que contarle, pero me pareció necesario que interpretara desde el principio que no era una amistad de esas que nacen desde la infancia, en el mismo patio de casa, y se va enredando más y más con el paso de los años. No, le dije, ya éramos adultos cuando nos conocimos y estábamos muy lejos de nuestras casas. Los dos andábamos tras la misma chica y a los dos nos unía esa locura de la que te hablé por salvar el mundo.

—¡Qué bonito! —volvió a exclamar el joven, y recordé que cuando lo dijo por primera vez en el bar lo alumbraba la luz de un foco que me dejó ver, a través de los agujeros de su nariz, un hueco profundo y negro que afeaba sensiblemente su rostro. Entonces le dije que tendríamos tiempo de hablar de Vítor a lo largo del viaje, le deseé buenas noches y me di media vuelta en la cama para mirar la claridad que se colaba por los batientes de las contraventanas.

Ya estaba avanzada la noche cuando salimos a pasear por las calles de Arad. Pretendíamos tocar la luna con los dedos a través de las cúpulas de sus edificios. Olguita siempre en el centro menos cuando Vítor y yo nos disputábamos, a dentelladas juguetonas como cachorros peludos, el calor de sus palabras almibaradas. Y reíamos en la pelea mientras ella coqueteaba. El amor nos venía rondando.

La broma nos había llevado a modificar —por la dificultad de Vítor para pronunciar el castellano— el nombre del coronel Torrijos, habiendo degenerado en el

juego de palabras hasta decirle: coronel Touriño. Y formábamos un dúo espeluznante para cantar a Olga:

*“Touriño, sí. Touriño, no.
Touriño será general,
pero nunca guerrillero
hasta que recupere el Canal”.*

Ella se enfadaba con su blando furor caribeño y nos gritaba: “*¡Que ustedes no comprenden que Omar Torrijos está obrando correctamente!*”. Estos gritos, en una sosegada noche de verano, debían de sonar a los vecinos de aquella tranquila ciudad como ladridos lejanos.

10

En la embajada de Guinea Bissau aprendí lo que es una *cola*.

Pathé observa atento todos mis gestos y movimientos mientras trato de solicitar el visado. El funcionario me pide dos fotografías. De pronto todo se hace gris: ¿quién iba a pensar en la necesidad de una fotografía?

—¿No es posible arreglarlo sin fotografías? —pregunto.

—Claro. Es posible —responde el funcionario.

Pero la gestión no avanza. Se ha quedado congelada en medio del silencio. Pathé se acerca para decirme que pregunte el precio del visado.

—Quince mil *sefas* —indica el funcionario.

Pongo los quince mil sobre el mostrador de la ventanilla, pero la gestión no avanza.

—¿Las fotos? —pregunta de nuevo, y yo creo que cada vez entiendo menos. Otra vez las jodidas fotos cuando

empezaba a recuperarme del susto. Pathé sugiere en voz baja que le dé una *cola*.

—¿Qué es eso?

—Una propina. África es así...

—...Es muy dura. ¿Cuánto debo darle?

—No sé. Cinco mil.

Extiendo un billete y el funcionario toma mi pasaporte y nos invita a pasar, dando un rodeo a las oficinas, a una sala de espera. Es un espacio amplio donde parecen nadar un par de butacas alrededor de una mesita sobre la que hay un pequeño tapete de ganchillo. Más de cerca el hilo se transforma en plástico.

Por la ventana puede verse un mango cuyos frutos, aún pequeños, cuelgan al final de unas varillas. Pathé, tal vez para matar el tiempo me explica que una *cola* viene a ser como una fruta o golosinas que se ofrecieran a los niños. Estoy contento por tener un guía que me aclara estos asuntos relacionados con la etimología de las palabras.

No hemos tenido que esperar mucho. En diez minutos una señorita nos entrega el pasaporte en regla, y un recibo que justifica el pago realizado. Dice así: “*Visto Bissau. 193/04. Pago 15.000 F. Dakar, 16/06/04. Embaixada da Guiné-Bissau*”. Guardo el recibo entre las páginas de un libro de Jacques Maquet porque estoy seguro de que un día me traerá gratos recuerdos encontrarlo.

Pathé empieza a gustarme después de atravesar el campo de baobabs, donde hay cientos y cientos de ellos todavía sin hojas, dibujados sobre un fondo azul claro, cerca de M`Bour, cuando me cuenta la historia de la sequía mientras tabalea con sus dedos sobre el salpicadero del coche: “*Los hombres sabios anunciaron una gran desgracia si el presidente Sédar Senghor prohibía el rito de enterrar a los*

griots en el tronco hueco de un baobab. Tras el atentado contra la cultura popular el maleficio provocó una sequía que duró once años; pudo ser casualidad, quién sabe, pero tanto el vaticinio como la posterior desaparición de las lluvias fue real, y trajo muchos padecimientos a esta parte de África”.

Yo recordaba esa sequía. Debió de ocurrir por los años setenta y Vítor me habló de ella aunque, claro, no mencionó esta leyenda cuyo origen estaba en Senegal. Su preocupación se refería a que la producción de arroz, principal producto agrícola de Guinea, había descendido hasta los límites del hambre.

Cruzando el río Gambia

1

A mí se me hacen difíciles los cálculos en los cambios de moneda si no estoy ante un papel y un lápiz, pero podría asegurar, por encima, que este viaje le costará al *tubap* unas veinte veces más que la dote que yo pagué por Fatú.

Anoche, nada más entrar en la habitación del hotel Oceanic, quiso liquidar lo acordado. Quedamos en partirlo en dos mitades, la primera me la entregó en ese momento y la otra lo hará cuando volvamos de Guinea. Así el español se desentiende de cualquier pago referente a Ada o al vehículo. Es justo. Pero fue entonces cuando empezó a rondarme por la cabeza esa comparación entre la dote por Fatú y el dinero que este hombre paga por buscar a un amigo. Por eso le pregunté.

Ahora ya sé que se conocieron casualmente, haciendo unos cursos subvencionados por el gobierno de Rumania, por lo que deben de ser personas muy cultas. Él volvió a repetirme que lo llamara por su nombre, que no le gustaba que lo tratara de usted. Luego nos sentamos al borde de la cama, cada uno en la nuestra, de tal forma que quedábamos

frente a frente, y dijo que la amistad es un sentimiento que está por encima de las personas, que se siente o no se siente al margen de la cercanía, pues la cercanía unas veces ayuda a que se mantenga y otras brinda la posibilidad de descubrir un gesto que la rompe. En este caso, continuó, creo que la lejanía ha agrandado mi amistad por Vítor, o sea, que lo ha convertido en una ilusión. Tengo el presentimiento de que cuando vuelva a verle todo será diferente.

Como lo vi triste, le dije para darle ánimo, que no, que él no conoce a los africanos, que un africano no olvida a sus amigos, y que lo que puede haber pasado es que si ha sido un hombre importante, un ministro como creía recordar Darame, habrá tenido que trabajar mucho. Él entonces sonrió y me contestó: por eso mismo, Pathé, por eso mismo.

Luego se tumbó en la cama, boca arriba, y siguió hablando de una joven de Panamá y lo bien que lo pasaban los tres juntos cuando paseaban en la noche por aquella ciudad de Europa llena de edificios altos, de piedra y ladrillo, y terminados en redondas cúpulas que apuntaban hacia la luna con sus lanzas pararrayos.

A la mañana siguiente quise que usara la ducha antes que yo, y le pedí que bajara al comedor para desayunar mientras decía mis oraciones. Cuando bajé al comedor aún no había tomado nada, sólo se entretenía probando un refresco de *bissap*.

Tramitamos su visado con la facilidad que yo había previsto y rápidamente nos pusimos camino del Sur.

El propósito de Ada es llegar al río Gambia antes de que haya salido el último *ferry*.

El terreno es llano y la carretera está en buenas condiciones; se trabaja en ella. Ada se precipita a gran velocidad, de tal forma que de vez en cuando los tres botamos en nuestros asientos. Con Ada aún no he cambiado más palabras que los saludos rutinarios, cuando nos presentó Pathé y al despedirnos anoche y encontrarnos nuevamente esta mañana. Él no habla castellano y yo no conozco más que unas cuantas frases de wolof, lo que hace de Pathé el hombre puente, el hombre imprescindible si quisiéramos comunicarnos.

En la ciudad de Kaolack hemos parado a comer y Ada, tras dejarnos en un pequeño restaurante, ha vuelto a desaparecer. Esto me inquieta. Supongo que buscará un fonducho para él. No digo nada pues es Pathé quien dirige el viaje, pero siento un pequeño remordimiento al pensar que es demasiado estricto en el cumplimiento de los deseos que le indiqué por teléfono, cuando aún no sabía quiénes integraríamos la excursión. Además Ada es un joven prudente cuya presencia resulta agradable.

Al dar uno de los botes, quizá porque iba concentrado en la soledad de Ada, mi exclamación ha salido natural, redonda:

—*¡Nanga, nanga!*

Ambos se han mirado y han soltado una carcajada. Ada ha asentido repitiendo “*Nanga, nanga*” y ha disminuido ligeramente la velocidad. Pathé lo justifica diciendo que pretenden alcanzar lo más pronto posible el río; una vez cruzado ya no habrá prisas.

No sé explicarme cómo, pero intuyo que Pathé le está contando que me enseñó algunas palabras cuando nos conocimos en mi anterior viaje. Espero callado el

desarrollo de su charla hasta que al fin se vuelve para preguntarme si recuerdo cómo se cuenta en wolof.

—Claro —le digo— es muy fácil; una vez sabidos los cinco primeros números el resto es repetir y repetir.

Pathé se lo trasmite a Ada y los dos se quedan a la espera. Ada atento a la carretera y con el oído puesto en el asiento de atrás. Evidentemente no puedo escapar del examen.

—*Benna, ñaar, ñepta, ñenta, llulop, llulop benna, llulop ñaar...* y así sucesivamente.

—¿Cómo dirás diez? —pregunta Pathé satisfecho.

—*Fucka, fucka ak benna...*

—¿Y veinte?

—*Ñaak fucka, ñaak fucka ak benna...*

—Es un hombre sabio —dice Pathé dirigiéndose a Ada.

—Dile que he tenido un gran maestro, un gran *me*.

La conversación queda interrumpida por un gesto de Ada. Pathé fija sus ojos en la lejanía y se vuelve para decirme:

—Mira, ahí hay dos blanquitas.

Por mucho que me esfuerzo no alcanzo a ver más que dos puntos en la carretera; poco a poco se hacen más grandes y van tomando la forma de mujer. En efecto, cuando pasamos delante de ellas puedo observar a dos mujeres blancas en medio de aquella floresta.

—¿Qué hacen aquí? —Me invade la curiosidad.

—Son americanas. Vienen a aprender nuestras costumbres. Ellas sí saben nuestros idiomas, los estudian en su país, en las universidades.

—¿Son antropólogas de Estados Unidos?

—Sí, algo de eso deben de ser.

El sol calienta en el interior del todo terreno. Pathé ha intentado poner en marcha la refrigeración sin conseguirlo, y se lamenta dirigiendo hacia mí una disculpa. Ya le he dicho que no me molesta el calor, que mis huesos lo agradecen, aunque tengo la sensación de que no me cree. Él no deja de sudar y ha agotado los pañuelos de papel que Ada llevaba en el coche.

Al cabo de dos horas de camino el paisaje ha cambiado ligeramente. Sigue siendo la misma floresta plana con acacias, eucaliptos, mangos y palmeras (Pathé agrega a mi recuento los *fotuputel* y *surrib*), pero ahora los frutos de los mangos están más desarrollados que los que observé en la embajada, en Dakar, y los baobabs comienzan a lanzar sus ramas y a cubrirlas de hojas. Aunque falta poco la temporada de las lluvias aún no ha comenzado, pero todo indica que nos acercamos a una zona más húmeda. Hemos atravesado poblados de cabañas donde las cabras y los burros cruzan la carretera a su antojo. Las cabañas, construidas con “*carambucos*” de cemento que han sustituido a las de ramas y palmas de otra época o a las de paredes de adobe, y las torres repetidoras para los teléfonos móviles, llenan mis imaginaciones de zurcidos y parches.

Busco una postura cómoda, donde no me azote el aire de las ventanillas, y al poco entro en una dormición, una especie de tránsito espiritual en el que vienen a desfilarse una y otra vez ante mí las dos blanquitas yanquis, de un blanco esmaltado, hasta que por fin acaba el mareante tiovivo y sentado en un pedrejón, que se va convirtiendo en una espira de hormigas, le digo a Vítor que me enseñe la lengua de su país. En mi país se habla el portugués y el *crioulo* —dice él poniéndose en pie y cubriéndose la cabeza con un casquete de lana—, pero hay más de diez

lenguas y dialectos. ¿Con quiénes quieres comunicarte? ¿con los *fulas*?, ¿los *cocolis*?, ¿los *diolas*?, ¿*felupes*?, ¿*baiotes*?, ¿*balantas*?... —y a medida que habla tira del casquete con desesperación hasta cubrir su cara, mientras yo sigo subiendo al ritmo en que crece el termitero— ...¿*bijagos*? ¿*mandingas*? ¿*manjacos*? ¿*papel*?...

Me desperté sudoroso cuando su voz se apagaba tras el gorro de lana.

—Ya llegamos a Gambia. —Dijo Pathé.

4

Del paso por la *douane* apenas me habría dado cuenta si no fuera por el mal estado de la carretera. Desde que entramos en Gambia, Ada no tuvo más remedio que reducir al mínimo la velocidad. Ya no podía calcular a qué hora llegaríamos al río, pero estaba seguro de que alcanzaríamos al menos el último *ferry*.

—A la vuelta quisiera parar en un termitero —le digo a Pathé— y me gustaría, si es posible, visitar un poblado diola.

Pathé no contesta, pero ya conozco su gran capacidad para retener los gustos de sus clientes, por muy extraños o simples que a él le pudieran parecer. Puedo olvidarme de la solicitud en la seguridad de que se cumplirá.

Ada mientras tanto intenta sortear los baches saliendo unas veces del asfalto troceado y volviendo a él cuando se cierra el camino. Ahora el avance es lento, polvoriento y ajetreado; vamos de un lado a otro impulsados por los bruscos movimientos del coche. Por fortuna —pienso— Gambia es una franja estrecha partida a su vez por el río.

Parar para cruzarlo en transbordador nos procurará un descanso.

Soy consciente de que este encuentro, deseado durante tanto tiempo, está muy cerca de hacerse realidad: sólo una noche nos separa de comenzar en Bissau la búsqueda de Vítor. Estoy nervioso. En estos años lo he imaginado de todas las formas posibles: lo he soñado —y esto no puedo comentarlo con Pathé pues quizá no me creyera— como ministro de cultura y luego aclamado por su pueblo como presidente; mas también lo he visto perseguido y recluido en cárceles horribles cuando llegaban hasta mí aquellas noticias sobre los golpes de estado. He esperado, con una emoción parecida a la que ahora me acompaña, en una sala de estar de un gran edificio, donde unos soldados del ejército de liberación convertidos en nobles ordenanzas, pasaban aviso de que un español que decía llamarse Tomás G. Hernández solicitaba entrevistarse con él; mas también lo he imaginado viviendo en una humilde choza con mujer e hijos sin rostro y arrinconado por sus antiguos camaradas. Estuve presente cuando entregó a su padre el regalo que le trajo de Bucarest: una pipa de raíz de brezo que compró en unos grandes almacenes y que ante sus dudas fui yo quien terminó eligiéndola. Pero sobre todo, he imaginado que nos sentábamos uno al lado del otro observando nuestras canas, nuestras arrugas, quejándonos de nuestros achaques, diciéndonos con detalle cómo habíamos desarrollado esa parte de la historia en la que creíamos, y recordando... recordando aquellos días plenos en que viajábamos de un lugar a otro bajo la atenta mirada de Nicolae Ceaușescu.

Poco a poco un olor húmedo, cálido y cenagoso, se va haciendo más intenso; la vegetación se torna uniforme.

Pathé señala la inmensa formación vegetal que nos rodea para agregar una nueva especie:

—¡Son mangles! —exclama.

La carretera, más lisa ahora, se interna por las tierras pantanosas y el coche va dejando atrás una fila larga de pesados camiones —uno no se explica cómo han llegado hasta aquí— aparcados a ambos lados, y a cuya sombra los hombres han tendido sus esterillas y dormitan en la espera de ser llamados para embarcar. También surgen orilla de la carretera pequeños tenderetes contruidos con ramas y palmas donde se trapichea con todo tipo de artículos.

El río es hermoso, ancho y plácido. Hemos llegado hasta el lugar en que el camino se sumerge en sus aguas. Todo indica que estamos cerca del mar y que aquí se abrazan uno y otro. El mar ha de quedar a la derecha, por el Oeste, allá adonde se dirige el sol. En la otra orilla puede adivinarse el barco que sale lento, que viene a nuestro encuentro.

Pathé me invita a estirar las piernas y sonrío satisfecho. Hemos llegado a tiempo. Pronto habremos embarcado y seguiremos camino de Ziguinchor sin otros obstáculos.

El Gambia también puede atravesarse en canoa. Así lo hacen los más decididos que no quieren esperar la llegada del *ferry*. Una canoa larga, con capacidad para ocho o diez personas, y que tiene rotulado a estribor el nombre de *Dolphin Creek*. La *Dolphin Creek* y el *Bac Gambia* —así se llama el *ferry*— no llegan a cruzarse, siguen caminos distintos tal vez porque el pesado transbordador precisa de aguas más profundas.

5

Algo extraño me está pasando.

Aunque aún no llevo veinticuatro horas en el África negra ya me siento como en casa. Debe de ser porque Pathé y Ada, cada uno con sus diferentes sensibilidades, me lo hacen todo muy sencillo. Pero no, no es eso. Pudiera ser que encuentro cuanto me rodea dotado de un gran equilibrio; nada se sale de tono —salvo los “*carambucos*”, las antenas para los móviles, y ahora, también las latas de aluminio de refrescos, prensadas por las ruedas de los coches, que he visto diseminadas en el embarcadero—. Una vez a bordo del *Bac Gambia* —Ada ha preferido quedarse sentado en el todo terreno— Pathé y yo hemos buscado un rincón, en este caso a proa, entre la borda y la aleta delantera de un coche destartado. Yo estoy sentado en la borda y percibo cómo a Pathé le preocupa que pudiera caerme. Cada persona ha buscado un acomodo como mejor ha podido. Todo está en orden, en este orden sencillo y quizá incómodo que dicta la situación... Todo no.

Ha sido al darle un golpecito amistoso en el brazo, para alejar sus temores, cuando he tropezado con el dije. No es que no supiera que lo llevaba —cuando se pasa la noche en una habitación con otra persona termina uno sabiendo más cosas de las que se propone—, pero al tropezar con él sin pretenderlo y encontrar esa dureza inesperada, me he sobresaltado. Inmediatamente se ha encendido una luz como reflejo de mi sentimiento; se refiere a las dos monjitas de ojos color ceniza, que me dirigieron una maternal sonrisa religiosa cuando nos cruzamos; ellas bajaban del *ferry* alegres, animosas, bien dispuestas dentro de sus hábitos grises, y tras cada una iba un joven porteador cargado con una maleta de buenas dimensiones, cinchadas hasta arrancar michelines de la lona de sus tapas.

Uno de los *boys* también llevaba un amuleto en el brazo con que sujetaba la pesada carga sobre su hombro.

El *Bac Gambia* se desliza por el río y es agradable a pesar de la brusca sinfonía de sus engranajes. No importaría el óxido de sus fauces si pudieran apagarse sus lamentos. Pathé sigue sudando y entonces le lanzo una pregunta inesperada.

—¿Qué tal salí de la prueba?

Se ha quedado verdaderamente sorprendido.

—¿De qué prueba?

¿Quién dice que no es buen momento para poner las relaciones en su sitio cuando se navega sin prisas por un ancho río?

—Que yo sepa de la única a la que me has sometido hasta ahora. De nuestro paso por el bar de copas.

Su risa franca es lo que siempre me desarma.

—Bien. Muy bien. Mejor que cualquier otro cliente de los que he tenido.

—¿Conocías a la chica de la boina?

—Sólo de haber ido un par de veces por allí; pero es verdad que estudia español.

Creo que es una buena ocasión, ahora que Ada no está presente, para plantearle los términos en que me gustaría continuar con el viaje.

—Verás, no me siento bien cuando Ada nos deja a la puerta de un restaurante y él se va solo. Creo que podré soportar un menú más.

Pathé abre un paquetito de pañuelos y extrae uno para secarse el sudor de la frente.

—Yo quería hablar de eso. Esta noche en Ziguinchor Ada tiene donde dormir; no hay problema. Pero mañana,

cuando entremos en Guinea él no sabe adónde ir, no conoce a nadie ni conoce el país.

—Bueno, tú diriges el viaje. Plantéaselo. Ya buscaremos en Bissau un hotel barato.

—Sí.

—¡Ah, y otra cosa, Pathé! Tú no pareces africano. Aguantas muy mal el calor.

—¡Eso mismo me dice Fatú!

6

Miro el color de las aguas.

Olguita nos pregunta, en tanto cruzamos el Danubio, de qué color vemos sus aguas. Azul claro, dice Vítor; verde claro, digo yo. Aunque también ahora bromeamos porque ambos conocemos el mito de los enamorados. Ninguno hemos acertado con la respuesta que ella pretende; precisamente hoy que hemos tenido que esperarla treinta y cinco minutos mientras peinaba su pelo indómito para ponerse guapa.

—¡Es que ustedes no entienden nada! —nos grita.

—Es que son sólo las ocho de la mañana, y el misterio del color rosa está en que los enamorados se sientan a mirar el río cuando se pone el sol —contesto yo.

—Ese blanquito mexicano —refiriéndose a Mario que le hace la corte— que le platica al oído esas boberías y cuando estamos nosotros se hace el dormido, juega con ventaja —contesta Vítor.

—¡Olvídenme, caballeros!

Qué felices somos y cómo queremos a Olguita.

La noche anterior la pasamos en mi habitación bebiendo y cantando nuevas canciones que proponía Paulo:

*“Granada, Granada,
será meu canção
meu enterro, meu enterro,
será a patrulha.
Eu quero, eu quero
morrer em Granada
com arma, com arma,
de fogo em as mãos”.*

Y decíamos el estribillo, una y otra vez, cambiando el nombre del país: Angola, Mozambique, Guinea, España, Panamá, Ecuador, México, Venezuela, Argentina, Colombia, Costa Rica, *São Tomé*... Y una y otra vez dábamos tragos hasta que venían a reñirnos y se acababa la fiesta.

El *Bac Gambia* repite con el ruido machacón de sus engranajes esta melodía guerrillera y la letra la pone el recuerdo.

Hoy el color de las aguas del río que atravesamos es azul claro con una pincelada verde en las orillas por el reflejo de los manglares.

Aún nos queda una noche para empezar la búsqueda; una noche y dos fronteras.

7

Tomás dice que su ilusión sería encontrar al amigo con las mismas ideas de entonces; que entiende que haya podido cambiar un poco en tantos años, pero que desea que no haya perdido aquella capacidad desbordante de sentir, de llorar y reír, de cantar, de burlarse de todo y de todos, de ironizar. Yo sigo dándole ánimo y le aseguro que así será, que tengo buenas referencias de él por medio de Darame,

mi amigo de Saly, y además le digo que de momento sabemos que está vivo que es lo más importante. Él dice que una vez sabida esa noticia uno exige más, y se obstina en el pensamiento de que algunos de aquellos compañeros han perdido los ideales por el camino, y con los ideales se han dejado también la personalidad que los hacía únicos, sobre todo los que subieron mucho. Yo le digo que África es diferente. Aunque con las cosas que él dice empiezo a tener dudas.

No sé si hice bien en contarle lo de esos europeos que vuelven a Senegal en busca de niñas; primero hacen una visita más o menos cortés, a través de la agencia, incluso acompañados de sus esposas, y luego, la segunda vez que vienen lo hacen sin sus mujeres y van en busca de niñas, de jovencitas de diez o doce años, pero es que me pilló por sorpresa al preguntarme si le había sometido a un examen. Creo que no le gustó que se lo contara. Cambió la sonrisa de la cara por un gesto de rabia y me dijo que a él le gustan las mujeres maduras, las que visten *gran bubú* y enseñan sus hombros rollizos y redondos por el escote. Menos mal que no llegué a decirle que Ada y yo bromeamos con que podía ser marica. Tomás tiene facilidad para tirarme de la lengua.

8

Ada tiene los ojos pícaros del joven que ha llevado en su coche a muchos turistas, y aunque siempre parece concentrado en la carretera, goza de un oído fino y atento. Ahora escucha lo que Pathé le dice sin retirar la vista del camino. Sólo un segundo ha mirado por el espejo retrovisor y nos hemos encontrado. Por eso he sabido que Pathé le está contando nuestra conversación en el *ferry*.

Nos han parado a escasos quinientos metros del río. Creíamos que era una nueva *douane* y andábamos preparando el dinero cuando nos ha sorprendido un policía al preguntarnos si nos era posible llevar a una niña hasta su poblado. Explica que en coche es cerca, antes de llegar a la frontera, y nos queda de camino. Es una niña sonriente y tímida con uniforme de colegiala. Pathé bromea llamándola niña nómada, porque todos los días tiene que desplazarse muchos kilómetros desde casa a la escuela y volver. Debe de tener unos doce años. Once, responde ella, y luego, turbada ante el interrogatorio, informa que come en el colegio con los otros escolares.

Podría asegurar que por la mente de Pathé han pasado dos ideas: el deseo de ver un día a su niñita uniformada y el horror que siente por algunos europeos que viajan a África.

Yo por mi parte vuelvo a sentir los baches de la carretera y reparo en el contraste de su abandono y la atención que parece recibir esta criatura.

Pero qué puede pensar ella, la niña. Quizás odie tener que subir todos los días en el coche de un desconocido que la recoge a la entrada de su poblado y la deja en la puerta del colegio; alguien que cambia de rostro pero que siempre le hace las mismas preguntas: ¿cómo te llamas? ¿qué edad tienes? ¿te gustan los dulces? ¿quieres este *tangal*? Las personas, en general, son amables, por eso ella las sonríe a pesar de su timidez y luego les dice adiós agitando su mano.

Todavía estamos en Gambia.

Comienza a anochecer.

En la oscuridad de las arboledas y los chamizos dejamos a la niña nómada y traspasamos la *douane*, sin más trámite que enseñar los papeles del vehículo, para entrar de nuevo en tierras senegalesas, en la Casamance. La carretera vuelve a ser practicable y el haz de luz que proyecta el coche hace más duras las sombras a nuestros costados. Todo invita al recogimiento, a traspasar el mundo de la reflexión. A la irremediable comparación de los mundos.

He visto cómo Pathé me observa cuando tomo notas; ideas alteradas por el vaivén del coche y la mano, que en muchos casos sólo servirán para enardecer y enredar la imaginación y hacer que me esfuerce en los recuerdos, ya que según se dibujan las palabras se transforman en garabatos picudos. Pero es que aún no he tenido un descanso para escribir con letra caligráfica. Ambos nos observamos con la misma intensidad.

Estas notas vendrán a engrosar un día el libro de mis viajes de la edad madura, aquellos que me prometí frente a una parejita de estudiantes suizos, hijos de familias acomodadas, que andaban recorriendo el mundo —yo siempre he pensado en los suizos como un pueblo de gánsteres a quien nadie declarará una guerra porque quienes alcanzan el poder para declararlas guardan allí sus riquezas— aprovechando las vacaciones mientras terminaban sus carreras. De España irían a Islandia y les era necesario ahorrar cuanto podían, por eso no sentían vergüenza en pedir que se les invitara a un bocadillo y una cerveza; lo pedían desde la lógica de que el mundo estaba construido para atenderlos, y si alguien se negaba no pasaba nada, el mundo no se hundía y ellos no morirían de hambre. No tuve ningún reparo en invitarles y escuchar sus pretensiones.

La región de Casamance

1

Aunque Pathé es un guía cuidadoso y templado no ha podido evitar un pequeño respingo en su asiento. Ada ha disminuido la velocidad y conduce con cautela. Desde lejos puede verse un valladar en medio de la carretera. Pathé se vuelve hacia mí para transmitirme tranquilidad:

—Tranquilo, seguro que no es nada.

No puede imaginar hasta qué punto me encuentro tranquilo, en perfecto equilibrio con la noche africana sin que nada perturbe el curso de mis pensamientos.

Más cerca, a la luz de los faros, distinguimos a ambos lados las cabañas de un poblado, y el valladar se transforma en simples balizas colocadas transversalmente y a saltos en ambos sentidos de la carretera para que los vehículos

disminuyan su velocidad. Balizas rústicas, troncos de árbol, para evitar accidentes. Ada conduce en zigzag.

—Este es territorio diola —dice Pathé más tranquilo— y antes podían verse hombres armados, pero ahora todo está bien, todo está en calma. El gobierno se está ocupando de sus necesidades. Ahora se sientan a la puerta de sus casas para que les dé el aire.

Sin saber porqué siento la necesidad de contarles mi encuentro en el aeropuerto de Las Palmas con Aliu Site Yata. Se lo digo con detalle, recreándome incluso en la debilidad de mi timidez que no me permitió acercarme a ella durante el vuelo. De pronto Pathé rompe en esa risa a la que ya voy acostumbrándome y traduce algo al wolof para que Ada, sin apartar la vista del camino, rompa también en risotadas. Bueno, pienso que no está mal que se rían con franqueza de un *tubap* tímido con las mujeres.

—Alium Site anciana reina diola. —Asegura Ada, que por primera vez se atreve a hablar en castellano, y lo hace despacio, balbuceando como un adulto pero con la resolución de un niño que sabe lo que quiere.

—Ella bromeó contigo. Nuestras mujeres tienen mucho sentido del humor. —Dice Pathé.

—Menos mal que sólo era una reina —les digo— ella no bromeaba y yo la había confundido con una diosa.

Pathé traduce mis palabras.

La charla ha hecho desaparecer los posibles temores a la noche y al territorio que atravesamos.

2

Ziguinchor, la capital de la región, enciende para nosotros sus luces y sus reflejos sobre el agua. Ada nos conduce hasta el hotel que Pathé ha elegido. Es la primera vez que

se alojará en este hotel que siempre ha reservado para los turistas a los que acompaña. Es un hotel elegante y cómodo cuyo precio hacía que se buscara la vida en casa de algún amigo o de algún familiar; como Ada hará esta noche por última vez. También hoy, como en Dakar, Pathé ha vuelto a pensar que alquilar una habitación doble beneficiará mi economía. Lo agradezco. La habitación es muy amplia y tiene una hermosa cama de matrimonio.

Al ver la cama no puedo evitar dirigirme a Pathé como él suele hacerlo, con una gran risotada, para recordarle los momentos comprometidos que ha pasado en recepción, cuando al solicitar la habitación doble las tres muchachas que había tras el mostrador levantaron la vista para inspeccionarnos y él se ruborizó.

—Parece que las chicas de recepción han pensado cosas de nosotros...

Pathé vuelve a sonrojarse. Para entonces ya he probado la dureza del colchón y he localizado otra cama pequeña.

—No... Ellas están acostumbradas...

—Entonces, ¿por qué te ruborizas? Yo dormiré en ésta, me viene mejor para los huesos.

Primero me ducho yo y cuando salgo del baño lo llamo con un grito exagerado:

—¡Pathé, Pathé! ¡Mira lo que ha ocurrido! —Pathé preocupado se precipita dentro y le señalo los chorretones que el polvo recogido en el camino y el agua han dejado en las paredes de la bañera y los posos acumulados en el fondo— ¡Yo antes era *buñul* y ahora me he desteñado como un *tubap!* Ten cuidado no te pase lo mismo.

Luego, tras las duchas, apiadándome de sus calores, le propongo que pongamos el aire acondicionado mientras cenamos, para que se refresque la habitación.

Él pide pollo con muchas patatas. Yo tomo pescado.

—Nosotros estamos cansados de peces. A la vuelta visitaremos el puerto de M`Bour para que conozcas nuestro mercado y la llegada de los pescadores en sus canoas. Allí las mujeres son las que compran y venden. Es muy bonito. Mucho color. Se llena de gente. ¿No tienes máquina de fotos?

—No. Me gusta guardar imágenes en mi agenda.

—Ya sé que escribes mucho.

—Guardo recuerdos.

—Yo voy a escribir un libro.

Sólo hay otros dos comensales. Una *tubap* grande cuya voz se precipita alegre por el comedor, con un armonioso acento francés, de París, dice Pathé, y un joven *buñul* que la acompaña.

—Ellos —le digo indicándolos con la mirada— no habrán llamado la atención de las recepcionistas.

—No, ellos no. Eso es muy frecuente —contesta sonriendo.

Creo que en estas veinticuatro horas que llevamos juntos hemos hecho grandes avances.

—De los viajes con los turistas tendrás muchas cosas que contar en el libro.

—Sí, muchas.

—Espero que reserves algún párrafo para decir algo de mí.

—Sí. Contar el viaje de un hombre que va en busca de un amigo después de mucho tiempo es bonito. —Pathé se queda pensativo—. Yo lo hablé con Fatú y ella dice que es una historia bonita.

La risa de caracol, alegre y envolvente de la mujer francesa, se estira y se encoge por la sala, sube y baja por

las patas de las mesas, se desliza por los manteles, retumba en las columnas de palmera y planea agradecida hasta posarse en el rostro de su acompañante.

—Esto también puede ser bonito —le digo.

—Claro. Esto está bonito algunas veces.

3

Después de la cena he llevado a Tomás a pasear por los alrededores del hotel. Es bueno caminar un poco después del viaje y para hacer la digestión. No me gusta alejarme mucho de esta zona por la noche. Hemos llegado hasta el mirador y le he señalado dónde está el mar. Él me ha contado que mi turbación ante las recepcionistas le recordaba su propia timidez y también la primera vez que vio a un negro quemado por el sol. Dice que estaban en las playas del mar Negro y que Paulo, otro amigo de Angola, tomó tanto sol que se quemó la espalda y los brazos. Que él creía que nuestra piel era más resistente y que le costó trabajo acostumbrar sus ojos a las quemaduras de Paulo cuando le daba pomada.

Luego volvimos al hotel y le dejé allí para tomar un taxi. Quería ver a Cherk.

4

Pareciera que estas conversaciones, antes o después, son inevitables entre los hombres, aunque en el caso de Pathé debo admitir que han surgido de forma natural.

Él menciona a Fatú con frecuencia y por las cosas que dice yo he dibujado en mi cabeza su imagen. Él la cuida y la rodea de bienestar. Son de la misma sangre, dice, y yo interpreto que también es wolof; no, no, quiero decir que es familia, es hija de una tía que me quiere mucho. Un día

llegó mi madre y me dijo que tenía que conocer a Fatú y yo me puse en camino hasta llegar a su pueblo. A ella también le habían hablado de mí, que era bueno y trabajador. Cuando la vi me gustó, y por sus risitas supe que también yo le gustaba. Mi tía no me pidió alguna dote porque sabía que no tenía dinero pero yo le di todo lo que tenía ahorrado, muy poco, sesenta mil *sefas*. Su padre también me quiere mucho, como a un hijo.

Al decirle que yo no tengo mujer ha querido saber por qué no me casé con Olguita. Bueno, le digo, es que ella se enamoró de Vítor, y estuvimos muy poco tiempo juntos, ella tenía su familia en Panamá y cuando terminamos el curso volvió a casa. ¿Tampoco se casó con Vítor? Tampoco. ¿Cómo era Olguita? Era muy alegre y bailaba muy bien, como bailan por Centroamérica. ¿Cómo te gustan las mujeres? Bueno, primero me fijo en sus ojos, y si me atraen, pues ya sabes, miro su cuerpo, sus pechos... Yo también miro sus ojos y luego sus caderas, su cintura y sus nalgas, me gusta que tengan la cintura pequeña y el culo redondo.

Dejo constancia de esta conversación en mi agenda ahora que Pathé ha salido para visitar a un amigo, y pienso en algunas mujeres con que nos hemos cruzado por algún poblado y en la naturalidad de sus cuerpos al llevar los pechos descubiertos.

Ziguinchor es la última parada antes de entrar en Guinea. Es la puerta que abre la consciencia de que el tiempo pasa. Cuando se es joven esta consciencia no se siente. ¿Que cómo era Olguita? Y yo qué sé cómo era. Era tremendamente joven. Le he dado la única respuesta que se me ocurrió para no mentirle: era alegre. Aunque también

podía haberle dicho que era una hembra entre dos machos jóvenes. (Escribo *Pathos* en mi agenda).

Mañana, a las ocho, Ada vendrá a recogernos y en poco más de media hora pasaremos la frontera. No me parece real ahora que estoy tan cerca.

5

Llevo guardado en el hipocampo el mapa de Guinea Bissau. Son algunas líneas con sus ríos, algunos puntos con sus islas y al Este las dos colinas de Boé, el lugar más alto del país donde llega a alcanzar los doscientos metros; allí nace el río Corubal.

“...no quise buscar un continente / ni siquiera un país extenso o avanzado / Precisaba de un lugar recién parido / por quien engendra y es hijo al mismo tiempo / Salir de mis propias cenizas del napalm / para sentarme en el banco / junto a ti / en la escuela de una patria liberada / Comenzar mi educación / sin titubeos / vocalizando la palabra a-rroz / tra-ba-jo y tie-rra / Cuando la práctica me haya instruido / y engrose mi sudor / las aguas del río Corubal / arando con mis manos / las rocas de granito / subiré a entonar con mis hermanos / desde las colinas de Boé: / Esta es nuestra patria amada”.

Atrás va quedando la Casamance sin que se cumpliera la más pequeña de las amenazas sugeridas por las noticias escritas.

En sólo treinta y seis horas los mangos han madurado e inundan el suelo a los lados de la carretera, y en Mpack, población fronteriza, hay corrillos y grupos de gente que va y viene, unas oficinas de palma donde militares

uniformados sellan los documentos, y una cadencia de sencilla alegría en el aire. A la sombra de un mango, donde miles de pájaros bulliciosos, de color fruto maduro, se pelean por picotear la pulpa, espero a que Pathé y Ada registren los papeles del coche. Yo he pasado enseguida, por delante de una fila de más de cuarenta mujeres, sin entender porqué me cedían el paso. La temperatura, a las 9:30 a. m., es de unos 30° y se percibe la humedad del ambiente; se está bien, como en un día de primavera.

6

Anoche dejé a Tomás en el hotel y fui a casa de Cherk. Necesitaba relajarme charlando con él. Este trabajo con los extranjeros me agota. Debo de estar siempre atento para que se encuentren cómodos; pero ahora lo que más me preocupa es la incertidumbre en la búsqueda de su amigo. Llevo anotados algunos lugares y calles donde preguntar; hago mis ruegos para que no haya problemas. Daramé me aseguró que todo iba a resultar fácil, que Bissau es una ciudad pequeña y que como mucho en un par de días lo habremos encontrado.

No fue posible hablar con Cherk. Cuando llegué a la puerta de su casa no se veía luz adentro, no había ninguna rendija iluminada. Hace más de un año que no vengo a Ziguinchor y le debo algún dinero de mi última estancia. No quiero que piense que he pasado por aquí sin saludarlo. A la vuelta le haré una visita.

Llamé a Fatú para prevenirla de que cuando entremos en Guinea quizá no pueda comunicarme con el móvil.

Al volver a la habitación del hotel Tomás aún permanecía despierto y resultaba extravagante verlo acostado en

aquella cama para niños. Había desconectado el aire refrescante y yo venía sudando. Me di otra ducha.

7

En el desayuno Tomás pidió *bissap*, parece que le ha gustado. No estaba en el jardín la pareja de la cena, pero sí vi a un antiguo ministro de Senegal, un hombre al que tuvieron que echar por corrupto y que seguramente vive de lo que robó al pueblo. Al pasar al lado de nuestra mesa saludó con cortesía. Vestía con elegancia y le atendían con esmero. Le dije a Tomás que ese hombre había sido ministro, pero no le conté más cosas. No quería perturbar sus pensamientos.

8

Hoy me encuentro más tranquilo porque Ada se incorpora al grupo como un compañero que comparte y no sólo que acompaña.

Tengo plena confianza en la fuerza milagrera del amuleto de Pathé, porque confío en él y él siente la esperanza de su creencia, sobre todo tras haberlo tropezado por segunda vez. Nos felicitábamos en la frontera, antes de subir al coche, por lo bien que habíamos entrado en Guinea, sin ningún contratiempo, cuando al poner mi mano izquierda en su brazo derecho he recibido una descarga. Pensándolo aquí, en el asiento trasero, sé que no fue una descarga que partiera de los objetos que lleva atados a su brazo, más bien parecía que saliera de mí, de mi interior al sentir esa dureza extraña que no esperaba. De pronto sentí inquietud pero se fue pasando y ahora vuelvo a estar tranquilo.

El dije de Pathé es un cordón negro al que van insertadas dos pequeñas bolsas de piel, planas, una cuadrada y otra en

forma de rombo, ambas cosidas por puntadas bien delineadas y que guardan algo en su interior. A simple vista no sugiere sino un adorno. Al tacto son duras como piedras. ¿Quién puede sustraerse a la curiosidad por las cosas santas? ¿al misterio que guardan para cada pueblo?

A este lado del río, ya en Guinea, los perros son los dueños de la carretera, perros rubios de media alzada, y pequeños chanchos hozan alrededor de los poblados; los que ocupan el aire son buitres. Sé que mi subconsciente busca entre los árboles los calveros producidos por el napalm, aunque la razón me dice que con este clima ya ha habido tiempo para la regeneración. ¿Y los monos? ¿Habrán vuelto los macacos que huían aterrados ante los pavorosos incendios? ¿ante el ensordecedor ruido de los aviones portugueses? Quién se atreve a negar que un pequeño país pueda, en determinadas circunstancias históricas, aparentar un semidiós.

Vítor había estudiado en Lisboa y en algún momento hablamos sobre las creencias de su pueblo. Yo soy marxista, dijo, y como Cabral pienso que un día nuestros hijos dirán: *“Nuestros padres lucharon bastante, pero creían en cosas extrañas”*. Siempre me acompañó la duda de esa respuesta tan tajante. De esa pretendida respuesta por parte de Vítor.

A estas alturas del viaje me encuentro en ese punto en que cierta confianza adquirida no me permite retener los pensamientos. Pero el silencio también forma parte de las conversaciones. Pathé calla. Ada en cambio, con sonrisa burlona, asegura que en esta parte de África el ochenta por ciento son musulmanes, el diez por ciento católicos y el cien por cien animistas. Cuántas veces —me pregunto— habrá dado esta respuesta a los turistas —sin duda tan

simples como yo— y habrá esperado una sonrisa complaciente. Tal vez no tenga acostumbrados aún mis ojos, pero lo único que he encontrado hasta ahora en el camino, como lugar de reunión, ha sido un *night club* de carretera. Ada se incorpora por momentos, ora en francés, ora en castellano y quiere saber, porque me oyó decirlo en la frontera, qué significa *obrigado*. Luego lo repite un par de veces para retener su sonido. *O-bri-ga-do. O-bri-ga-do.*

Esas salidas de tono de Vítor en el fondo me hacían gracia; su rigidez en mostrar una idea a la que parecía no haber accedido por propio convencimiento, le presentaban como el producto de la gripe portuguesa, que al igual que la española, nos hacía llegar con retraso a todos los acontecimientos de importancia. Llegamos tarde a la isla de Wight y al Mayo francés. Pero Paulo, Damião, Leonardo, Rui y él mismo tenían ante sí la gran tarea de participar en la reconstrucción de sus pueblos. Por eso los envidiaba.

La escuela Stefan Gheorghiu se me antojaba como una especie de proletaria isla de Wight en medio de Montparnasse, o algo más exótico donde los mexicanos proveían las fiestas de tequila, que sacaban de bodegas ocultas y escondrijos inagotables, y los árabes nos hacían danzar dando vueltas y vueltas en torno a nuestro propio corro; los días eran de estudio, de debate, de coloquios y *brainstorming*, y las noches, como el tequila, inextinguibles, hasta que sin saber cómo, podía amanecer en tu cama aquella dama distante que organizaba los cursos y vestía de gris y blanco. Una tarde Vítor y yo dimos plantón a Olguita. Habíamos entablado conversación con dos muchachas malgaches; dos bellezas pequeñas y delicadas, de pelo largo y azabachado, que se sentaban solas en una mesa del comedor, a cuyo alrededor, como era

habitual, solían rondar nuestros amigos mexicanos sin llegar a dar el paso de definitivo acercamiento. Parecía que las envolviera un misterio; las envolvía un rumor, pero el misterio no era tal, consistía en que ambas cursaban en la universidad de Bucarest su segunda carrera y hablaban siete idiomas. Al día siguiente Olguita se pasó al menos una hora sin dirigirnos la palabra.

La palabra. Eran los tiempos en que Paulo Freire intentaba sembrar la alfabetización en cascada.

(Anoto en mi agenda, con la sensación —otra vez— de llegar tarde, o de haber salido fuera del mundo en que me refugio, que debo intentar un acercamiento en esto de la palabra. Dicho de otro modo: *zapatizarme* en una especie de “*portwolfañol*”).

9

El primer pueblo que atravesamos, con precaución, tiene por nombre Jegue, y entre éste y S. Domingos Ada conduce despacio. Hay mucha gente en la carretera, indicio de algún mercado y señal clara de que en todas las fronteras, por humildes que puedan parecer, se puede comerciar con algo. El termómetro exterior del coche ha subido a los 36°. En mi mapa interior recuerdo que pronto llegaremos a un nuevo gran río: el Cacheu.

Como en el cuento de Pulgarcito en vez de marcar el camino con miguitas de pan voy anotando los nombres de los poblados por los que pasamos. Resulta que el río Cacheu es ría en su desembocadura, y como me aseguran Ada y Pathé, después de haberse informado preguntando a los nativos, se llama “*Samse*”.

10

Hay un nerviosismo plano en mi tranquilidad. Una premonición.

Camino de Bissau

1

A las once y cuarenta llegamos a la ría, y como ayer, debemos esperar el transbordador. Ada se queda en el coche y Pathé y yo paseamos en el único paseo posible, carretera norte y carretera sur, ida y vuelta entre champas a ambos lados, hasta que decidimos sentarnos en un chamizo alfombrado de conchas de ostra; el olor acre se intensifica con el sol del mediodía. A nuestro lado sólo hay mujeres con niños pequeños y un hombre, entrecano como yo, que mantiene una pequeña cachimba apagada en la boca. Me fijo en el acabado de la pipa, sin barniz pero con un ajuste perfecto. Ya se sabe que esto de fumar es contagioso. Le ofrezco tabaco y me dispongo también a preparar mi pipa.

Toma un pellizco y lo agradece en francés. Ambos laboramos en nuestros rituales del placer.

Como imaginaba, Pathé no puede aguantar mucho en este lugar y pronto se levanta para continuar con sus paseos arriba y abajo. Intuyo que es un chamizo para dar cobijo a niños, mujeres y viejos. Fumo sin prisas.

Fumo sin prisas, durante una hora, mirando el agua cercana y sus burbujas; el movimiento de pequeños peces en la orilla; los juncos; la tierra rojiza que se ha convertido en polvo líquido de soportar pisadas y esperar las lluvias; las caritas tiernas de los niños donde se posan las moscas para beber su néctar, mientras ellos juegan distraídos con las conchas y las latas de aluminio aplastadas por los coches. Busco en mi bolsa los apuntes. Me han entrado unas ganas irreprimibles de hablar, de palpar con la palabra cuanto me rodea, porque a pesar del calor me siento a gusto.

—*Lleu ñata at ga am.* —Pregunto a la mujer joven que está frente a mí, a la madre del pequeño que ha cogido mi gorro de tela y juega a llenarlo de valvas.

Sé que hay al menos una imprecisión en la frase que acabo de componer, porque aunque he señalado al niño, quiero saber su edad, la edad de ella a la que pienso joven. Tengo los apuntes dispuestos para una nueva pregunta, ¿adónde vas?, le diré, y para otra y otra.

Ella no ha contestado, se ha limitado a quitar el gorro de manos de su hijo, sacudirlo, y extenderlo para que yo lo tome. Noto que la frase, construida a duras penas, ha salido de mi boca como una explosión necesaria, y del esfuerzo ante la expectativa me ha quedado un pequeño temblor por las extremidades, pero África no se ha estremecido, todo sigue tranquilo: el viejo fuma su pipa y mira a lo lejos con

sus ojos de agua, tal vez pensando en francés por sus adentros.

2

(En la espera para cruzar el río —cualquiera entenderá porqué— anoto en la agenda un recuerdo que sin ser llamado se ha precipitado dando un gran salto: “...*un caimán nadaba en el Zambeze de sus ojos...*”

Estas nueve palabras —u otras parecidas pues los recuerdos tienen sus propios antojos— las escribió un joven corresponsal monárquico en las páginas de ABC cuatro décadas atrás.

¿Será verdad que cuando envejecemos recordamos con avidez lo que nos marcó en la juventud?

Buscar, a la vuelta, aquel artículo en la hemeroteca.

Siento gran satisfacción por haber encontrado su origen en los pliegues de la memoria, pues si no, como suele ocurrir a menudo, podría haber escrito que un caimán se bañaba en el Samse de sus ojos.)

3

Pathé se ha alejado pero su presencia planea por el embarcadero. De vez en cuando veo aparecer su rostro prieto que asoma entre otros innecesariamente atento, mirándome cumplidor, serio, vigilante, preocupado. Tendré que decirle que se tranquilice; que yo estoy bien; extremadamente bien; que acabo de vivir un momento de éxtasis por el que vale la pena haber hecho este viaje.

4

A las trece treinta embarcamos en el *Saco Vaz Bissau*. Nos hemos arremolinado cientos de personas en torno al

estrecho embarcadero y nos precipitamos alocadamente en busca de un rincón cómodo para la travesía. Pronto nos damos cuenta de que tal lugar no existe, cuando comienzan a subir a bordo los automóviles y con sus maniobras nos desplazan adelante y atrás, a derecha e izquierda; en diez minutos los vehículos se adueñan de la cubierta y nosotros nos acoplamos a los intersticios de sus carrocerías ardientes como si fuéramos murciélagos en una pumarrosa. Ya no somos personas en grupo, todos quedamos diseminados adaptando nuestro cuerpo a los recovecos de las filas de coches y camiones. El sol arriba.

“En el principio había una enorme gota de leche / Vino Doondari y creó la piedra / La piedra creó el hierro / El hierro creó el fuego / El fuego creó el agua / El agua creó el aire...”

Me saca del ensueño un grito joven, la llamada de una niña a otra niña. Ada ha vuelto a quedarse dentro del coche y Pathé asoma su cabeza dos filas más allá, entre los bultos apiñados de una baca.

—¡Yolaaa!

Es la llamada de la venta. La pequeña, que no levanta más de cuatro palmos de la cubierta y uno se lo debe a sus trenzas enhiestas, de erizo, no tiene refrescos para vender, sólo oferta cinco huevos que lleva bien dispuestos en una bandeja. La yola requerida es algo mayor, y ha aparecido en el lugar de la operación a fuerza de contorsiones. Un fresco de hielo por unos *sefas*, servido en una bolsita de plástico transparente con forma de puño, que es mordida con destreza en la esquina por los labios ardientes de una madre y colocada en la boca del bebé, semejando un frío

pezoncito de donde inmediatamente chupa con deleite. El sol arriba.

Resuena el grito en mi interior y percibo algo más que una llamada, algo fácil de intuir y difícil de explicar, un matiz hilado, labrado, a lo largo del tiempo y del parentesco, el gentilicio lanzado como una saeta, como un dedo que te señala y te sitúa en el espacio que te corresponde, que da fe, y es al tiempo un aviso para los demás. La voz lanzada al aire por esa pequeña que no levanta medio metro del suelo está llena de gradaciones; es la voz de mando ante esa respetable razón que las hace cruzar una y otra vez el río, la voz de la subsistencia. Pero también es la voz de la tribu que dibuja sus contornos.

Ahora sé con precisión dónde me encuentro. El *ferry* se ha puesto en marcha suavemente virando hacia el mar, aproximándonos a la otra orilla del río donde pisaremos aún en territorio diola, su último enclave en estas tierras. Luego, hasta Bissau, atravesaremos pantanos y sabanas habitados de manjacos.

5

En la bolsa de mano, que siempre cuelga en mi hombro, llevo, además de la agenda, un libro de J. Maquet editado a principios de los setenta que me sirve para guardar recortes de prensa, un mapa lingüístico, un par de postales y una carta de Vítor, y un folleto de la vida de Amílcar Cabral, de Oleg Ignátiev, impreso en 1990. Acabo de incluir entre las páginas del libro el billete por el paso del Samse. El tique lleva el logotipo del *Ministério do Equipamento Social* donde figura, en medio de dos grandes palmas, una estrella de cinco puntas. La estrella de cinco puntas que tantas veces habré visto y que siempre despierta en mí el mismo

sentimiento de profunda simpatía. La estrella de cinco puntas que nunca he sabido lo que significa pero que interpreto como una muestra de rebeldía. Pienso en el muchacho italiano de cabeza rapada del avión y me pregunto con ironía quién no tiene un logo en su vida; un grafismo; un símbolo; un fetiche, algo que refleja sus deseos o sus temores. Antes de salir de casa releí también un librito antiguo de *Poesía anónima africana*, título que me parece tan impreciso y lejano como si dijéramos poesía anónima asiática o poesía anónima europea.

(Descubro en la agenda una anotación inesperada. Una gota de sudor cayó mientras escribía en el transbordador y vino a emborronar, como un deliquio, la palabra frutal.

El texto en cuestión es el siguiente:

La yola contorsionista se pasea —es una forma de narrar— entre los coches, subiendo y bajando carrocerías, trepando y reptando con el cubo de las mercancías a cuestas, y a veces se para y se relame los labios con su lengua *****. No es una provocación subliminal para el comercio, es un gesto, un tic prematuro.)

6

La travesía ha durado veinte minutos de sol, y mire donde mire, veo la lengua de la yola como una medialuna acuática, del color morado de la carne de sandía.

Ada se ha lanzado furibundo de la velocidad mientras yo anoto con trazos inseguros: Beguingue, Nahoante, Campada, Catel... hasta que algo me hace levantar la vista. Ha vuelto el nerviosismo plano que achaco a la cercanía de Vítor.

Entre Canjande y Sedengal hemos atropellado a un perro. Un perro rubio de pequeña alzada que antes de ser arrollado ha levantado la vista hacia nosotros...

...Ingore, Carabane Xerife. El tiempo sólo tiene fin en lo pequeño.

—Esto es Bissau —avisa Pathé.

Yo no alcanzo a ver más que una superficie plana. Aún nos quedan algunos kilómetros.

7

“25/8/78

*Ao meu grande amigo
Tomás*

Ao receberes esta minha carta, te encontres de excelente disposição, ao lado da tua família, são os meus votos sinceros.

Recebi no passado dia 23/8 a tua carta e o livro que me enviaste, o que agradeço imenso.

Tomás, não me foi possível escrever-te há mais tempo, devido aos meus afazeres. O muito serviço que tinhu não me deixou tempo livre para escrever, bem como aos outros camaradas. Peço-te pardon por isso. Quiero escribir-te en español, mas não consigo.

Por cá tudo praticamente refeito depois da morte do camarada Chico Té, embora a sua morte continua a ser sentida.

Tenho acompanhado pelos jornais as notícias de Spanã e os seus problemas.

Sobre a minha ida a Espanha, podes contar com ela, mas para 1979 ou 1980.

Junto te envio dois livros de poesias dos jovens poetas da Guiné-Bissau. Na era colonial, tal não foi possível.

Por hoje é tudo, camarada.

Abraça-te o amigo.

Vítor S.

P. S. Junto te envio alguns postais da luta de libertação.”

8

Siento como si hoy estuviera especialmente predispuesto a los descubrimientos; como si el grito de aquella niña —o la muerte del perro— me hubieran despertado de un sueño pasivo.

En la carta lingüística de Guinea Bissau—un pequeño mapa coloreado que elaboré hace muchos años, cuando la influencia de Vítor era tan fuerte y las publicaciones sobre África en España tan escasas—, puedo observar la distribución de sus etnias e intuir la gran importancia que dan a los ríos, que no parecen fronteras naturales que les separen sino elementos integradores que les lleva a ocupar una parte de su curso en ambas márgenes. Así, mientras los diolas se asientan en la desembocadura del Cacheu, los manjacos ocupan el curso alto de la ría cediendo a los bannun un pequeño espacio también a ambos lados; los balantas ocupan el curso medio y los mandingas el curso alto. Y así en todas las rías que conforman el litoral de norte a sur y en los cursos medio y alto de los distintos ríos, desde el Cacheu hasta el Cacine, lugar de los nalu.

Ardo en deseos de compartir este hallazgo con Pathé y Ada, pero para entonces ya hemos entrado en una ancha avenida de la capital y Pathé también consulta sus papeles diciendo a Ada que pregunte por la avenida de los Militares. Pathé está ansioso por comenzar el rastreo de Vítor, pero Ada y yo somos de la opinión de que primero hay que buscar un hotel y un restaurante donde comer.

Observo, no sin que asome en mi ánimo el sentimiento de una sutil complacencia, que después de dar un par de vueltas volvemos a encontrarnos en la entrada de la ancha avenida, lo que viene a significar, para mis adentros, que ahora los tres somos extranjeros.

En ese deambular de los primeros momentos, hemos descartado para alojarnos el Hotel Bissau porque nos ha parecido muy caro. La expresión de Pathé y Ada al conocer los precios ha sido reveladora: ellos no pagarían tanto dinero. No seré yo quien les contradiga. Cuando salimos tengo la impresión de que hay algo de soviético en su estructura cúbica, y en la distribución de sus salones y disposición del personal.

—Cerca de ese gran mercado, un poco antes de donde dimos la vuelta, debe de haber algún lugar en que sirvan comida —comento, y Ada quizás asociando mis palabras de mercado y comida pone de nuevo rumbo al centro.

Pathé baja del coche para informarse y vuelve con un joven que nos va a acompañar en la búsqueda de un hotel acorde con nuestra necesidad y de un restaurante. Es un hombre de tez clara y rasgos finos, de sonrisa agradable, que viste camisa blanca de corte occidental y lleva una carpeta. Se presenta como Aliu y al saludarnos siento la textura cálida de una mano sin complejos, delgada y pulida.

Ellos tres se deciden por un guiso de carne y yo por el pescado. La conversación se precipita durante la comida: ponemos en conocimiento de Aliu —en realidad es Pathé quien informa con un derroche de precisos detalles— que buscamos a un amigo del que no tenemos señas, y nosotros nos enteramos de que él es secretario del sindicato de Comerciantes, que tiene su despacho en un local del gran mercado que hemos bordeado en varias ocasiones, que estudió de pequeño en la URSS, que ha viajado por Europa, que está casado y vive con su mujer y su madre, y que hemos dado con la persona apropiada para encontrar a nuestro amigo. Las perspectivas no pueden ser mejores una vez que hemos matado el hambre.

Aliu nos deja instalados en el hotel Zulu II, que por casualidad está ubicado en una esquina de la ancha avenida y la avenida de los Militares, y al que no se puede, con propiedad, dar el calificativo de hotel; pero nos deja con la quietud de que vendrá a recogernos a eso de las seis de la tarde para comenzar la búsqueda.

9

Muchas veces me he repetido a lo largo de la vida que una persona puede lograr lo que desea a condición de que lo desee de verdad. Es un viejo tópico que me ha venido dando resultados y que también ahora apunta en buena dirección.

Ada decide hacer en solitario un recorrido por Bissau, porque tiene que echar gasolina, lavar el coche y otras cosillas para mantenerlo en perfecto estado. Le encargo que compre una botella de güisqui para la noche. De pronto me ha asaltado esa necesidad de beber un poco; de templar los muelles planos de mis nervios; de ponerme a punto como

el coche o de sentarme solo en mi habitación como un inglés aburrido. Pero eso será por la noche.

Ya estoy aquí, me digo. Estoy aquí cargado con todo el cariño del pasado, con todos los recuerdos aunque sin nostalgia porque no querría vivirlo de nuevo. Cada vivencia tiene su momento y el nuestro ya pasó. Sólo he venido para saber cómo estás, y reconozco que me bastaría con verte por una rendija; es más, hay en este nerviosismo mío una especie de temor, un aviso lejano de que nuestros caminos no debían de encontrarse nunca para así guardar lo mejor de nosotros. No sé lo que puedo hallar después de tanto tiempo y sin embargo creo que me dirige esa fuerza que mueve a la humanidad: el desafío ante lo desconocido, porque en estos momentos me eres más desconocido que Pathé o Ada, a los que contraté desde lejos y con los que llevo conviviendo tan sólo tres días.

Hoy, mientras comíamos, he visto el tono personal con que Pathé abordaba la conversación; se ha tomado esta búsqueda del hombre como si se tratara de su propio hermano. No podía imaginar que hubiera calado tan hondo lo que haya podido contarle. A punto estuve — conmovido— de derramar una lágrima ahora que soy más viejo. He visto tu ciudad pobre y polvorienta: derruida. Ganas me dan de preguntarte, cuando te encuentre, si sigues llorando por ella.

10

El hotel Zulu II es una antigua y aislada edificación en una sola planta, de la época colonial, que podía haber servido tanto de pequeño acuartelamiento de tropa de policía, a la entrada de la ciudad, como de mansión de algún colono hacendado. Está rodeada por una amplia

parcela que aún conserva el trazado de los jardines por la fachada principal, y se convierte en un hosco patio en la trasera. La entrada principal tiene un pequeño y acogedor porche aunque su puerta de forja está inhabilitada, cerrada y guardada por viejas cadenas y candados.

He accedido al porche por el interior de la casa. Pienso bajo este pórtico a una laboriosa mujer *de bronce* portuguesa, transmutada en ama, que entona un fado a media voz y al caer la tarde, y aunque podía decir que la pienso porque la imaginación es libre, lo cierto es que he sentido un palpito, un soplo tierno al oído, un tenue beso maternal en la nuca que me ha llevado a escribirlo en la agenda.

En la habitación hay una cama y un ventilador. Por la ventana, que da al descuidado jardín, apenas se alcanza a adivinar, con mucho esfuerzo y a través del cedazo milimétrico, una selva en miniatura donde mis antiguos conocimientos me hacen intuir, más que ver o escuchar, los movimientos de algún lagarto de compañía.

11

Nos hemos sentado en un escalón de cemento del patio, a la sombra, mientras Ada da sus vueltas de reconocimiento por la ciudad. Está a mi lado un Pathé tenso aun cuando mantiene su habitual aspecto calmoso.

—Es una suerte haber encontrado a Aliu; con él todo va a resultar más fácil.

—Sí, parece un muchacho muy despierto.

—Es un nómada culto.

Este Pathé siempre me sorprende con sus apreciaciones.

—¡Jodeer Pathé, parece que tienes fijación con los nómadas! ¿Cómo puedes saberlo?

—Para nosotros es fácil: por su color más claro, por sus rasgos, aunque su gente puede llevar mucho tiempo viviendo aquí.

Al otro lado, frente al escalón, por las paredes de una destartalada casamata, veo a un viejo amigo; un lagarto de buenas proporciones, con una gran cabeza de color amarillo que brilla al sol, con manchas de color gris y negro en otras partes de su cuerpo, en el tronco y en la cola principalmente, que con tranquilidad se pasea por el muro. Yo de pequeño sabía mucho de lagartijas.

—A mí me parece un hombre preocupado por su país.

—Sí, sabe mucho de política.

—Y a ti, ¿te interesa la política?

—Claro, a nosotros nos importa mucho, nosotros siempre hablamos mucho de los grandes hombres de África que terminan asesinados o pasan encarcelados casi toda su vida. Yo también quiero ser político, pero aquí se necesita mucho dinero para serlo.

Pathé siente tanta necesidad de hablar como el lagarto de tomar el sol.

Me dice que Lumumba, Cabral y el mismo Nelson Mandela son algunos ejemplos, y yo le digo que sí, que estoy de acuerdo, pero que la historia de todos los continentes está llena de esos trágicos sucesos, y que con el paso del tiempo, si hay a quién le importe, se descubrirán muchos más.

Yo no quiero traspasarle mis obsesiones porque sé que son viejas cuentas personales con la sociedad, pero si él tiene ganas de hablar, después de un viaje tan lleno de atenciones, eludirlo sería una desconsideración por mi parte.

Así pues, le digo que en mi opinión cualquier país del mundo guarda muertos en sus armarios, y en los muros de sus palacios, y en los tabiques de sus casas; que ya hablamos de Ceaușescu y de Torrijos, pero que podíamos hablar de otros muchos asesinatos sin que éstos alcancen la categoría de magnicidios, ya sabes, reyes, presidentes o notables. Mira Pathé, cuando me dices que África es muy dura, creo que comprendo tus sentimientos, pero pienso que tienes sólo parte de razón, cualquier lugar es duro para los que se hacen preguntas.

Me apetece esa botella de güisqui. Tal vez consiga enredarlo esta noche para que me acompañe. La conversación ha continuado con momentos de reflexión, Pathé mirando a lo lejos por encima de la casamata y yo sin perder de vista al lagarto, hasta que la enorme y juvenil figura de Ada ha aparecido por la puerta trasera del hotel con una bolsa de plástico y las provisiones solicitadas. Antes de que Ada llegue a nosotros le digo en tono confidencial:

—Quiero pedirte un favor.

—Claro. ¿Qué favor?

—Cuando te encuentres con Lucas —Lucas es el encargado del hotel— pregúntale si en esta casa vivió una mujer portuguesa.

Son las seis de la tarde cuando llega Aliu para comenzar la búsqueda.

12

El plan que nos presenta consiste en visitar, en primer lugar, las viviendas de los militares porque están al otro lado de la calle, frente al hotel, —ahora se comprende el nombre de esta avenida—, para preguntar si alguien conoce

a Vítor Sousa. Luego, para no perder el tiempo, iremos directamente al PAIGC. Aliu reserva la visita a Rafael Barbosa para mañana, porque es un hombre mayor, dice, y prefiere avisarle con tiempo.

Su planteamiento es bueno. Algo se ha removido en mi estómago calentándome por dentro; será el sentirme tan cerca de los hombres que otrora cavaban zanjas y trincheras bajo la atenta mirada del partido, y dejaban impresos en postales sus perfiles de guerreros con fusiles al hombro cuando apuntaba el sol en la sabana.

Cruzamos la calle y nos adentramos en un recinto abierto y cerrado a la vez —porque recibimos en el aire una descarga de atención que es imposible precisar de dónde viene— que a todas luces pertenece a los dos bloques de pisos, oscuros y de pequeña altura que se edificaron en ele, y avanzamos tras de Aliu hasta la sombra del mango. Cuatro pares de ojos se han alzado del tablero de ajedrez sin mucha prisa por nuestra presencia y han analizado la situación como si se tratara del próximo movimiento de la partida. El rostro de Aliu se afila. Frunce los labios. Saluda. Explica. Pregunta. La respuesta se hace esperar, surge lenta y es transmitida a través de miradas cansinas y torvas. Nadie recuerda ese nombre. Aliu se ha transformado en inquisidor. Insiste con nuevos argumentos. Hace la misma pregunta, y sus ojos traspasan la indeterminación de los hombres. Nadie lo conoce.

—No lo conocen, —dice al fin Aliu liberándonos de una situación tensa— vamos al PAIGC.

Cuando atravesamos de vuelta los límites invisibles del recinto recibimos otra descarga: ésta de desapego.

En el coche Aliu ha vuelto a su normalidad, o a la imagen de muchacho sonriente y amable que nosotros interpretamos como suya en el primer momento. Creo que ésta que acaba de mostrarnos también es su imagen. Fuerte con los fuertes y cariñoso y cortés con las visitas. Me gusta su determinación.

Por el camino dirige nuestra atención hacia todo y todo lo explica. Unos carteles de fondo verde que muestran un sano ejemplar bovino es la enseña de la coalición de algunos partidos donde él milita. Un edificio en ruinas es el antiguo hospital que los portugueses construyeron, para ganar la simpatía del pueblo, cuando la situación se les iba de las manos.

—Primero a la derecha y luego a la izquierda, —marca la ruta— esa gran construcción será, cuando se termine, el Congreso, ahora entramos en el barrio colonial. Esa es la plaza del Che, ya vendremos a tomar un café. Este edificio es donde vive el padre del actual Presidente. Aquí, aquí, para por aquí. Ya hemos llegado.

—¿No hay ningún monumento de Amílcar Cabral?

—Sí, hay una estatua de bronce y el panteón donde está enterrado. Está muy cerca, un poco más arriba, dentro de la antigua fortaleza que ahora ocupan los soldados. Os resultará interesante verla. Podemos ir mañana si queréis.

—Sí.

Del grupo de jóvenes sentados al pie de las escaleras se ha desgajado un muchacho que no representa más de dieciséis años, regordete y con unas gafas que confieren a su semblante el aspecto de estudioso. Aliu se dirige a él, le explica, y sin mediar muchas palabras hace que le sigamos.

Vítor Sousa

1

Subo las escaleras y traspaso la puerta como si entrara en mi casa. Soy consciente de que en estos momentos ya no es Aliu o Pathé la persona que debe introducirme. También ellos lo han interpretado así y se quedan un poco rezagados. Yo soy quien busca a Vítor. Soy el antiguo militante que vuelve del extranjero tras de cumplir con alguna misión olvidada e intenta tomar posesión del espacio que un día le perteneció.

...Déjame tomarte de la mano / como mil veces tomaste / fraternalmente / a otro africano.

En los pasillos resuena la voz clara de una mujer a la que adornan las vibraciones de la acústica. Avanzamos sigilosos en pos de nuestro guía por el flanco derecho de la sala de conferencias, sobre una gran balconada a través de los arcos, mientras la voz de la conferenciante y sus matices cautiva a la asamblea. La mesa, sobre su tarima, está compuesta por cinco mujeres y todas mujeres son el auditorio. El colorido de sus *bubús* semeja un enmarañado arco iris. Más de doscientas esplendorosas reinas diola reunidas y sentadas sobre pequeños tronos, calculo y digo para mis adentros en el mismo instante en que atruenan los aplausos.

Hemos alcanzado la cabecera de la sala en el momento oportuno, cuando el roce de vestidos y papeles generan un murmullo que viene a indicar que el acto ha terminado. La presidenta de la mesa, se acerca a nosotros:

—¿Qué desean?

—Busco a un antiguo militante del partido, Vítor Sousa.

La dama me mira.

—Vítor Sousa —se dice al tiempo que cubre sus párpados de ligeras arrugas— Vítor Sousa —repite de nuevo el nombre, pensativa— sí, es el marido de Manuela, espere.

Se nos ha recibido bien, sin *porqués* ni *paraqués*, sin esperas y sin ambages. ¡Ay, demonio, todo se ha precipitado!

—Soy amigo de Vítor. Vengo de España. Nos conocimos hace muchos años y en la última carta que recibí de él decía que iría a verme en mil novecientos ochenta. Sé que ha transcurrido mucho tiempo...

—Vítor está en casa... Bueno, ya le verá. Está... enfermo.

En algún tiempo remoto había pensado que mi encuentro con Vítor y el sueño que dibujaba de su familia y su mujer sería como una fiesta, como recuperar la alegría de aquellos días alrededor de Olguita, y ahora, camino de su casa me doy cuenta de que no he retenido ni uno sólo de sus rasgos; sólo la voz, cuando no sabía que era suya aquella voz que resonaba en la balconada. A mi lado crece el número de guías: el muchacho estudioso —al que ella ha indicado que nos acompañe—, Aliu, Pathé y Ada, que siguiendo las indicaciones sobre el camino presta su fino oído al silencio que nos embarga adivinando algún pequeño drama.

Para romper con este silencio que no es normal en nuestro comportamiento, tan comunicativo desde que Aliu se ha incorporado al grupo, digo que todo se ha desarrollado de una forma muy rápida, tan rápida que apenas me ha dejado tiempo para pensar en el encuentro con mi amigo, y que habiendo olvidado el cepillo en casa me he presentado ante su mujer sin peinarme y sin cepillar la barba. Ada sonrío con la mirada por el espejo retrovisor y comenta que parezco un *rasta*. Pathé asegura que él no es capaz de saber cuándo los blancos van despeinados por mucho que los mire; pero el silencio vuelve enseguida. Sé que digo alguna otra cosa, referida a los tiempos en que Vítor nos enseñaba canciones de África; rememoro la del asesino portugués con ojo de vidrio y Aliu afirma de forma vaga, mirando al exterior del vehículo, que tiene algo que comentar al respecto, que ya lo hablaremos en otra ocasión; pero no es posible desterrar el tono sombrío del cortejo.

Claro, todo está influido por la noticia de su enfermedad, pero me hago eco de aquellas palabras de Pathé, me agarro a ellas como a un hierro candente: al menos está vivo.

Anochece.

La fachada de la casa, en la oscuridad, guarda algunas semejanzas con la del hotel Zulu. Una verja bordea el patio, y las escaleras, de tres o cuatro peldaños, conducen al pequeño porche de la entrada. Pulsamos el timbre desde lejos, aún en la calle, y al momento aparece en el umbral de la puerta una sombra de limitados movimientos. Aguzo los sentidos. Es él. Reconozco a Vitor en los perfiles de esa sombra, a pesar de los años transcurridos y la irregularidad de sus pasos, y en la voz cuando pregunta: ¿quién es?

—Somos buena gente —contesto en castellano para darle tiempo a pensar.

—...Buena gente —repite Vitor con musical retardo.

—Soy Tomás y vengo de España. ¿Me recuerdas?

—No ...No recuerdo.

Vitor ha bajado las escaleras con dificultad y nosotros hemos avanzado dos pasos dentro del patio. Estamos frente a frente y puedo ver su rostro sin expresión, absorto, como mirando a algún rincón del tiempo. Ya no es prudente presentarme diciendo aquí está el pasado. Todo indica que estoy ante un hombre enfermo.

Vitor está solo en casa. Como cumpliendo con un mandato ancestral nos invita a pasar a un salón recargado de muebles. En mi desconcierto trato de hacerle recordar; le hablo de Rumanía, de la escuela sindical, de Olguita... una sonrisa parece dibujarse en su boca.

—...Sí, me acuerdo.

Hay poco espacio. Hemos entrado todos, incluso Ada ha abandonado el coche a su suerte ante un momento tan esperado. El objeto del viaje. Apenas hay sitio para sacar de la bolsa el libro que le traigo como obsequio. Lo toma

en sus manos y lo deposita sobre el aparador dirigiéndole una breve mirada.

—...Gracias.

Silencio. ¿Qué decir? ¿Qué hacer ante quien olvidó el pasado? Nadie puede sentirse anfitrión en casa ajena. Seis hombres a pie firme abrumados por el calor, el espacio y el silencio, pueden sentir en su cuerpo las agujas del infierno y el tiempo infinito. Tomo su mano para despedirme y le digo que me alegro de haberle encontrado. Que se cuide — pienso en ese instante que es una fórmula que se utiliza cuando no tienes esperanza de volverte a encontrar—. Que salude a su esposa en mi nombre; en nombre de Tomás, un viejo amigo.

4

Volvemos a la plaza del Che para tomar café y pausar el infortunio. Ahora el silencio es relajante y está cargado de comprensión en las miradas de mis amigos. Es un hombre enfermo, debo de sentir pena; ya no es quien era pero sigue siendo un hombre, un hombre enfermo, por tanto, siento pena. Me dejo llevar por la lógica, como aquel científico de la televisión que no fumaba. Enciendo una pipa.

—Ahí abajo está el puerto —dice Aliu.

En ese momento me siento una persona querida. Sentado en una terraza de la plaza del Che, bajo las miradas de Pathé, Ada y Aliu, recibo una descarga de comprensión. Soy afortunado porque conservo la memoria:

“Medio suspiro imaginario / La muchacha había venido a mi encuentro / Cuando se le ocurrió a su padre impedirlo / Le hablé con bellas palabras / Pero no me contestó / Te

volverás allá vieja, tú y el remordimiento / Nosotros y el amor / Marcharemos a casa.”

—Pigiguiti debe de estar cerca —digo, levantando el interés adormecido y el ánimo caído de Pathé y Ada.

—Muy cerca —confirma Aliu.

Entonces, como necesitado de la palabra, me extiendo en explicaciones históricas sobre la cruel represión y la matanza de obreros portuarios. El gobernador dio la orden para la concentración del ejército portugués frente al muelle y los oficiales dieron la orden de disparar contra la multitud desarmada. Murieron más de cincuenta personas, y los heridos, atados y metidos en sacos, fueron arrojados al mar.

—Eso ocurrió hace mucho, a finales de los cincuenta, cuando comenzaban las luchas sindicales.

—¿Recordáis el camino de la casa de Vítor? —pregunto saltando de un tema a otro, como si el subconsciente siguiera trabajando por libre.

—Sí.

—¿Qué os parece si nos acercamos de nuevo para invitarles a comer mañana? Creo que todo se ha precipitado; que todo ha ocurrido muy rápido. Es posible que Vítor no haya tenido tiempo de reaccionar.

Pathé asegura que es una buena idea volver ahora que su mujer estará en casa.

Los tres sonríen y se muestran conformes.

5

En esta ocasión hay un par de niños correteando por el jardín y es la sombra de una mujer joven, que desaparece en el interior, la que se dibuja en la entrada. En el salón la

mesa está puesta: platos, vasos y cubiertos en torno a una fuente de ensalada. Mal momento, pienso. Vítor se incorpora con dificultad. Enseguida nos vamos, digo, sólo veníamos con la intención de invitaros a comer mañana.

—No es posible mañana ...Yo tengo que trabajar en el ministerio —dice Vítor.

—Entonces puede ser a cenar —insisto.

Vítor vuelve la cabeza hacia su mujer, que permanece tumbada en el sofá, buscando una justificación o una respuesta y recibe un leve gesto de asentimiento.

—...Bueno ...está bien ...de acuerdo.

Pathé también ha reparado en que estaban a punto de comenzar la cena; se ha sorprendido al saber que trabaja en el ministerio; también se ha fijado en la mujer tumbada en el sofá que, asegura, es una gran mujer que comprende porque ha sido ella quien le ha indicado que aceptara la invitación; y en los niños que corrían por el patio ¿serán sus nietos? y en la sombra de la joven que desapareció ¿será su hija?

Aliu lo confirma: sí es su hija y tiene otra que vive cerca del hotel Zulú. Aliu es un hombre hábil que no pierde el tiempo. Confiesa que en la primera visita interrogó al muchacho estudioso del partido.

En cierto modo es como si viera a Vítor a través de una rendija.

Hay, sin concretar todavía, una pequeña amargura que se va instalando en mi cabeza, ¿o es en el corazón? Un sentimiento que a medida que le doy alas adquiere la fuerza de pequeñas olas turbulentas que no me dejan compartir el optimismo de Pathé. Volvamos a la razón, me digo, parece que me estuviera dejando ganar por la pasión contenida.

—¿Qué tal si vamos a cenar?

6

Con tantos acontecimientos en un solo día, acostumbrado a la soledad de mi mundo, debería sentirme agotado. Pero aún me quedan fuerzas para escribir en la agenda algunas notas. Me refugio en la habitación del hotel —no sé por qué me empeño en seguirlo llamando hotel, quizás porque he pasado de la sospecha inicial de su incomodidad a una identificación con el medio— hasta que suenan en la puerta unos golpes. Intuyo que Pathé tiene necesidad de hablar.

—He visto luz por la rendija. Quiero saber cómo te encuentras.

—¿Y tú?

—Yo estoy triste.

¿Acaso sería sincero si le dijera que mis sentimientos pueden definirse tan sólo con esa palabra? La vida en el mundo interior se desarrolla de forma más compleja. Cierto es que también estoy triste, pero la tristura no tiene porqué traer a la boca resabios de amargura.

—No tenemos sillas. Siéntate en la cama y déjame que te lea lo que acabo de escribir. Tal vez así pueda explicar mejor cómo me siento.

Pathé se sienta y yo permanezco de pie, acercando la agenda a la bombilla del techo y esforzando la vista:

Vítor estaba allí. El fantasma de Vítor salió a la puerta. Una sombra de Vítor que reaccionaba con extrema lentitud dijo, con la indolencia propia de un enfermo medicado, algo así como que pasáramos.

Me esforcé por hacerle recordar, aunque cierta vergüenza me paralizaba. ¿Vergüenza de qué? ¿De haber fantaseado durante tantos años con su amistad? ¿De mi soledad? ¿De

haber ilusionado a otras personas con mi propia ilusión y ahora defraudarles? ¿De mi orgullo herido? Cuando le hablé de Olguita dijo recordar pero yo no llegaba a estar seguro de sus recuerdos. Cualquier hombre sonrío ante el nombre de una mujer.

Todo indica que Vítor es persona acomodada en Guinea. Ello me alegra; lo contrario sería injusto desde la apreciación del amigo, pero me preocupa su aspecto aburguesado, que nada tiene que ver con la enfermedad, y que parece indicar que olvidó aquellas ideas que nos animaban. Si yo hubiera cambiado también desearía haber perdido la memoria. ¡Qué sufrimiento si no!

No puedo olvidar al perro que atropellamos. Cuando vi que Ada no podía evitarlo lancé un lamento y luego sentí las potentes ruedas que pasaban sobre una especie de saco de calabazas y no quise mirar atrás. Más tarde los buitres darían cuenta de sus restos.

Me viene este recuerdo cuando pienso que mañana nos sentaremos a la misma mesa que Vítor y no podré hablar del pasado, porque prefiero guardarlo para mí a soltarlo frente a un gesto bobalicón.

—¡Qué bonito! —exclama Pathé— Debes venir con nosotros. Estamos sentados en la puerta. Hablando. Ya pregunté a Luc si vivió aquí una mujer portuguesa. Se ha quedado sorprendido por mi pregunta y va a contar una historia muy bonita.

A mí me sorprende que Pathé encuentre todo bonito. Es muy joven aún.

—Una historia de amor, supongo.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo adivino o lo invento, qué sé yo.

La historia que cuenta Luc sería una más de tantas historias de amor y muerte si no concurrieran distintas circunstancias en esta noche oscura y tibia, tan oscura que no se alcanza a ver el rostro de quien se sienta junto a ti. La puerta trasera del hotel, en la calle, es el lugar de reunión y sólo la tenue luz que se desprende del hornillo del té alumbra discretamente y distorsiona los rasgos de quien lo prepara. Pathé está a mi lado para traducirme las palabras de Luc, pero Luc cuenta su historia en una lengua que Pathé no domina y precisa de otro traductor, y a veces de un ayudante que aporta un matiz, y su voz cascada — fingida desde luego pues la voz natural de Luc es de un timbre claro— y la lentitud narrativa para dar tiempo a los traductores, hacen que planee una gran atención entre los oyentes. El escanciador de té nos obsequia tres veces, a lo largo del relato, con su infusión, y el vaso pasa de boca en boca en esta noche africana.

Hoy es viernes, 18 de junio, y cuando nos levantamos ya lleva el sol calentando un buen rato. En el desayuno —que apalabramos anoche con el escanciador de té para los tres días, al módico precio de cinco mil *sefas*,— aún discutimos sobre la historia de la mujer portuguesa. Mientras tomamos un vaso de café soluble y leche en polvo con una rebanada de pan y mermelada, Pathé asegura que murió de amor y Ada rompe en una gran risotada.

—Murió de rabia —asegura Ada todavía riendo.

—¿Cómo de rabia? ¿Qué dices? —le increpa Pathé.

—De la rabia con que la golpeó el oficial portugués cuando se enteró de que lo engañaba con un negro.

—Pero Luc dijo que se tomó un brebaje.

—Luc es un contador de historias.

Pathé quiere que yo también opine.

—Y tú ¿qué crees que pasó?

—Yo me inclino a pensar que Ada tiene razón. Imagino que en aquellos tiempos era fácil que los portugueses se juntaran con una negra, pero era un gran pecado que sus mujeres se enamoraran de un nativo.

Parece que el tono de la discusión se ha relajado, pero todo indica que Pathé sigue dando vueltas al asunto, por la cabeza gacha y el jueguito que se trae entre manos con los paquetes usados de la leche en polvo y el café soluble. Cuando Ada se levanta para preparar el coche, Pathé me informa con discreción de que Vítor, mi amigo, aunque quizás no me dice nada nuevo, porque yo ya lo sabré seguramente, es hijo de un portugués.

—La verdad es que nunca me lo he planteado —le digo— ¿y tú cómo lo sabes?

—Es fácil; por su color, por sus rasgos y por la herencia.

—¿Qué herencia?

—Sus costumbres y la casa en que vive en el antiguo barrio colonial.

No sé si Pathé será consciente de que me ha dado un respiro con sus observaciones. De pronto veo claro que tanto Vítor como Amílcar, como aquellos pocos que cursaron estudios en Lisboa, no eran *negros normales*; de haberlo sido no habrían encontrado los cauces para viajar a la metrópoli sino como sirvientes de algún colono repatriado o de vacaciones. Pero no veo por qué yo habría de saberlo. Me alegro de esta observación porque yo había sido más perverso con mis pensamientos y es posible que haya tratado a mi amigo con mucha dureza. De pronto me siento animoso y con ganas de que llegue la tarde para

cenar con Vítor y Manuela. No es que tenga la esperanza de que enlacemos la conversación con los recuerdos. No, tal como he visto a mi amigo, pero me gustará que me hablen de sus hijas y de sus nietos; escuchar de sus bocas cómo ha transcurrido la vida, disfrutar con ellos de sus buenos ratos, lo propio entre amigos; no tener que adivinarlo a través de una rendija.

9

La vista de Bissau sigue siendo plana, polvorienta y ardiente, con casas bajas y escasas edificaciones medias, y con sólo una mínima elevación del terreno que sube a la fortaleza y baja luego en un suave descenso hacia el puerto: estamos en el barrio colonial.

Aliu gestiona la entrada con los militares, por unos *sefas*, para ver el panteón. Al fondo del patio una sencilla bóveda encalada se eleva de la tierra rompiendo con brusquedad el entorno caqui. El sol arriba.

—¿Dónde está la estatua de bronce?

—Luego la veremos —responde Aliu.

Vamos tras un militar al que él parece colmar de atención y explicaciones. Traspasado sin prisas el centro del patio, camino del túmulo, bordeamos un gran cajón de madera. Frente a la puerta de cristal del sepulcro permanezco unos segundos mirando al interior. Es todo el gesto de honra que se me ocurre ante sus restos; tal vez, si no pudiera malinterpretarse mi acción, fumaría una pipa en silencio dejando que el humo inunde mi boca y poco a poco produzca su efecto sedante; por otra parte todo lo que hay que admirar es la sencillez de su construcción.

Enciendo la pipa y paseo por entre unas lápidas —no más de seis o siete— bajo la sombra de un árbol, y me sorprende descubrir la inscripción de una de ellas: *Francisco João Mendes “Chico Té” (1939-1978)*.

Oh qué copa deliciosa / nos diste para beber / Lágrimas y cantos por el camarada muerto.

Aliu se ha reunido con Pathé y Ada y me dejan vagar por los recuerdos.

Aburrido el militar, por falta de público que le dispense atención, se aleja escondiendo un cigarrillo en el hueco de la mano. Al fin solos.

—¿Queréis ver la estatua?

Aliu encamina sus pasos nuevamente hacia el centro del patio y hace un alto ante el cajón de embalaje que ahora se nos muestra en todas sus dimensiones: metro y medio de alto y ancho y unos cuatro o cinco de largo, sin tapa y con los flancos mordidos por la jauría del tiempo, a punto de desmoronarse. En este ataúd descompuesto yace un Amílcar Cabral de bronce, intacto, de proporciones gigantescas, en cuyos pies se dibujan las hembras de los anclajes sin una malformación, sin alguna callosidad o rozadura que pudiera denotar un intento por fijarlo.

—Este símbolo no podrán derribarlo nunca —digo casi sólo para mí, pero con la convicción de que quien no esté de acuerdo guardará silencio.

—Si hablamos de símbolos éste lo sería del primer golpe de estado, de la traición y muerte de Cabral. Yo no sé quién fue la mano ejecutora, quizás fuese la policía portuguesa — Aliu mira en dirección de los guardias de puerta— pero sí

digo que fue traicionado por su propia gente, y aquí anda por los suelos la prueba de su mala conciencia.

—Claro —añado yo— el enemigo nunca nos traiciona.

Ada ha vuelto a sonreír. Pathé se muestra pensativo.

(Anoto en la agenda que no hay mala intención en esa frase dicha tal cual por mi parte; que no encierra ni ironía, ni cinismo, ni un jeme de alejamiento del joven Aliu, sólo la pena de que los traidores encuentran grandes ideales que los justifican).

Creo que hemos destapado la caja de los truenos, porque ahora pienso, y digo, que dichos como la historia hará justicia, o todo se paga en esta vida, son sucedáneos del más allá o de la eternidad. Pathé pregunta si no creo en la conciencia de los hombres y le respondo que creo en la de aquellos que la tienen, pero que la conciencia es como la memoria, y a estas alturas del viaje ya sabemos que la memoria puede olvidarse, y que el olvido se pone de moda a cierta edad.

10

Pathé ha preferido, en esta ocasión, acompañar a Ada como guardián del vehículo, más por cambiar palabras con él y guarecerse del calor húmedo del mercado, pienso, que por afán de vigilancia. Yo, que soy hombre solitario en mi vida normal, avanzo con torpeza en pos de Aliu entre el gentío que se mueve con pasos de coreografía en este hormiguero horizontal. Necesito un lametón de brisa.

Será sólo un momento. Aliu saluda aquí y allá y a veces, a los que reflejan interés en la mirada, me presenta como un

amigo español que está de visita. Es sólo un momento, insiste. Al fin alcanzamos su despacho en el bajo de una casa disfrazada de tenderete, en pleno corazón del mercado. Es un cuartito pequeño que alberga dos mesas y un ordenador, suficiente mobiliario para gestionar los créditos por trescientos euros para sus asociados y llevar registro de las cuentas.

—Aquí está —me dice pulsando una tecla y rayando la pantalla con líneas y páginas que se suceden de abajo arriba—, éste es el libro en que hablo de los cuatro golpes de estado. Sé que correré peligro cuando lo publique...

—¿Por qué has de correr peligro?

—Porque doy el nombre de los traidores y cuento cosas de los presidentes y ministros que hemos tenido... cosas como que cuando Nino Vieira veía desde su coche alguna muchacha que le gustaba, ordenaba a sus guardaespaldas que se la llevaran por la noche, o cómo hacía viajar constantemente a su secretario para poder visitar a la esposa cuando él estaba fuera cumpliendo sus órdenes, y cómo habiendo vuelto de un viaje antes de lo previsto, se encontró su propia casa rodeada por la guardia del presidente que no le dejó entrar. El jefe de la guardia le dijo que lo mejor que podía hacer era ir a trabajar un rato en su despacho de secretario de presidencia. A la mañana siguiente apareció muerto allí con un tiro en la sien, e hicieron correr la noticia de que se había suicidado. No hubo ninguna investigación, para qué, si todos sabían lo que ocurría. Todos, también los jueces que se lavaron las manos. Todos menos el secretario, que había seguido leal al presidente hasta una hora antes de su muerte.

Aliu sigue hablando cuando regresamos junto a Pathé y Ada, consiguiendo que los ojos de Pathé brillen de envidia

como sólo brillan los ojos de alguien que pretende escribir un libro cuando se encuentran frente a quien lo tiene escrito.

Tres noches en Bissau

1

Ayer encontramos al hombre que veníamos a buscar. Está vivo como yo le había asegurado a Tomás y lo hemos encontrado más pronto de lo que yo pensaba. Para mí era muy importante porque es la primera vez que guío a un extranjero fuera de Senegal y estaba muy preocupado.

Fuimos a su casa dos veces. Las dos veces fue todo muy rápido.

Ahora estoy preocupado porque ese hombre está enfermo. Tiene retorcidos los dedos de la mano izquierda, y las piernas y las caderas, aunque no se le ven, hacen pensar por su forma de andar que también están enfermas. Tomás no le ha dado mucha importancia, dice que es una enfermedad

llamada artritis y que aunque puede ser muy dolorosa cuando se produce un brote, no es fácil morir de esa enfermedad. Además asegura que a partir de una edad todas las personas tienen dolores. Yo creo que Tomás no sabe lo que son algunas enfermedades en África. A él le ha importado más la falta de memoria de su amigo, se puede decir que casi le ha ofendido, yo al principio no lo entendía pero a lo mejor tiene razón, porque no se puede tener una conversación con él, y eso debe de ser un problema grande para su propia familia. Hay momentos en que parece que estuviera distraído o inconsciente. Sí, a lo mejor tiene razón. Debe de ser muy malo perder la cabeza. Lo que no entiendo es cómo puede seguir trabajando en el ministerio, aunque puede ser que no trabaje ya y él siga pensando que lo hace.

Su mujer me parece una señora, pero en la segunda visita la he visto triste. Cuando fuimos a la casa de su partido vi que habla muy bien por el micrófono. Estoy seguro de que esta noche, cuando vayamos a cenar, ella habrá pensado que Tomás viene desde muy lejos para ver a su amigo y le atenderá muy bien, como Fatú atendería a un amigo que viniera a visitarme a mí, aunque nosotros no tenemos más que una habitación de alquiler y no podríamos alojarle.

En estos tres días de viaje hemos pasado buenos momentos. Tomás escribe notas en un librito y a veces me lee algunas cosas. Por eso sé que se ha llevado un gran disgusto porque su amigo no lo ha reconocido. Yo trato de consolarle, pero a veces no llego a entenderle del todo, como cuando dijo que es el único amigo que le quedaba y que por el último amigo no le importaba recorrer hasta el lugar más lejano del planeta. Entonces le pregunté que si no tiene amigos en su país y que cómo puede vivir sin

amigos, él dice que se siente bien escuchando música y leyendo libros y que espera que cuando escriba el mío que se lo mande, pero entonces yo he sentido que mi libro sobre los turistas no es importante como lo es el de Aliu que habla de las cosas de los políticos. Otras veces me sorprende su imaginación, como cuando adivinó que en el hotel había vivido una mujer portuguesa y que había tenido una historia de amor que terminó muy mal o cuando me preguntó en el ferry por qué le había tendido una trampa con la chica del bar en Dakar, y estoy preocupado porque también tenga razón con la cena de esta noche. Pero me pregunto por qué los invitó si ya sabe que no se acuerda de él. Me parece que es un poco cabezota. Aunque en el fondo no me parece mal que lo haya hecho. Yo le he dicho a Ada que quiero hablar con la mujer del amigo de Tomás para que sepa que viene de muy lejos y que quiere mucho a su marido.

Lo que dijo esta mañana de que habíamos destapado la caja de los truenos nos ha gustado mucho a Ada y a mí, porque fue como oír hablar a un griot o a un brujo, aunque hemos discutido si son truenos o relámpagos, y creo que quería decir que Aliu se había calentado mucho y nos iba a contar las cosas malas que ocurren aquí, como eso del general balanta que tiene veinte esposas y que cada vez que se queda sin dinero va al banco nacional con una metralleta y exige que le llenen de billetes unos sacos de arroz, y que nadie dice nada porque tienen miedo a que este general apoye otro golpe de estado. Pero Tomás quita importancia a estas maldades diciendo que eso ocurre en todo el mundo, como en España, dice, que un director de la guardia civil también robó muchos millones de pesetas cuando todavía no usaban el euro. Entonces yo le he recordado al ministro

elegante y educado que vimos en el hotel de Ziguinchor, cuando desayunábamos, y que él también había robado lo suyo y le echaron por corrupto. En todos los sitios cuecen lentejas, dijo.

La tumba de Amílcar Cabral me ha parecido como un huevo grande enterrado hasta la mitad, es bonita pero no me gusta que la hayan construido en medio de la fortaleza colonial como si su espíritu estuviera preso y vigilado.

Nunca antes había visto una estatua tan grande tumbada en el suelo. Tomás dice que es de las grandes estatuas de estilo soviético y Aliu nos ha contado que se la regaló a Guinea el pueblo cubano, que también envió soldados a luchar por la liberación y que algunos murieron en la lucha. Cuando nos sentamos en la plaza del Che Guevara para tomar café, junto al casino y cerca del puerto, en las mesas no había nada más que blanquitos y alguna mulata porque la gente de aquí no puede pagar lo que cuesta. El bar es de un portugués y también el restaurante donde cenamos anoche, como en Senegal, dije yo, que los bares y los restaurantes son de los franceses.

2

Yo no venía en busca de Rafael Barbosa, desconocido para mí hasta que Aliu nos habló de él, sino de Vítor Sousa; pero África quiso mostrarme a un hombre prudente —se me está pegando el estilo de Pathé, aunque él seguramente lo habría calificado de sabio— y esconderme aquello a lo que había dado alto valor porque creía que me pertenecía. La cuestión es cómo desprenderte, de pronto, de esa historia soñada durante un cuarto de siglo.

Atravesamos callejas salpicadas por charcos de aguas oscuras, profundamente negras, hasta llegar a una pequeña

explanada donde juegan los niños. Ahí está su casa, dice Aliu señalando un mínimo mamelón en el que se dibuja una casita con porche de paja. Rafael Barbosa nos espera.

Un hombre viejo, enjuto, observa con mirada de ave rapaz a los niños en sus juegos y las primeras palabras que cruzamos son en torno a ellos. Aliu entra en la casa y saca dos sillas para que nos acomodemos Pathé y yo —una de ellas es un silloncito giratorio al que le falta una rueda—. Al cabo de media hora de charla sobre la guerrilla, la patrulla, el bi-grupo y las tácticas militares empleadas en su guerra de liberación, algo flota en el aire que indica que es un tema muerto, que es historia pasada, que sus ojos no brillan hablando de ello, que sería bueno volver al inicio: el futuro. Pero no sé por qué derroteros se me ha vuelto a presentar la vieja idea de llegar tarde. Entonces le pregunto:

—Dígame maestro ¿no tiene la sensación de haber llegado tarde después de tanto luchar? ¿No habría sido más interesante para su pueblo que fuera usted ahora joven?

Como el hombre que pasa muchas horas observando y que a buen seguro ha cavilado esa y otras cuestiones, responde sin titubeos y con una sonrisa que descubre su dentadura gastada.

—Si yo fuera ahora joven no pensaría como pienso. En parte me alimento de los pensamientos del pasado, que a su vez se alimentaron de lo que iba viviendo; parece un juego de palabras, pero es que eso que usted pregunta... o propone, merece una respuesta más profunda de la que un hombre solo puede pensar, —sonríe de nuevo—, bueno, me arriesgo, se trata de aceptar el camino entre lo nuevo y lo viejo. Yo creo que nunca se llega tarde si se vive lo que nos toca vivir intentando transformarlo.

—¿Es usted marxista?

—No lo sé. Creo que su teoría es la que más se ajusta a nuestras necesidades de futuro, pero soy centroafricano. ¿Sabe que Amílcar Cabral era poeta?

—Sí, como muchos revolucionarios.

—Pues él nos dejó escrito: “*Si el hombre, cada día que vive, comprende más a fondo los problemas palpitantes, esto es ya un indicio de progreso*”.

Hay un proverbio wolof que dice: “*El remedio del hombre es el hombre*”, lo leí antes de iniciar el viaje en el viejo libro de *Poesía anónima africana*.

3

Aliu nos ha llevado a su casa para que conociéramos a su mamá y a su mujer. Vive al final de la avenida de los Militares, en un barrio de afuera, donde no hay calles y la gente cultiva sus pequeños huertos alrededor de las casas. Hemos estado muy poco tiempo porque teníamos que ir a visitar a un anciano al que Aliu tiene mucho cariño, a lo mejor porque no tiene padre, pero mañana volveremos porque nos han invitado a comer.

Me habría gustado que el móvil tuviera cobertura para llamar a Fatú.

Tomás y el anciano han hablado mucho aunque yo no he entendido algunas cosas de las que este señor decía porque hablaba deprisa en portugués, pero Tomás estaba a gusto, se le notaba porque le llamó maestro varias veces. Aliu le dijo que Tomás había venido a buscar a un antiguo amigo y él sonrió. Y es que a mí me parece una historia muy bonita, que lo sería más aún si el hombre al que ha venido a buscar fuera este anciano que conserva muy bien la cabeza.

Cuando nos hemos marchado, los dos estaban muy contentos y les brillaban los ojos.

Yo no sabía que Amílcar Cabral también había escrito una novela cuando era joven. A lo mejor tiene razón Tomás cuando me dice que escribir un libro sobre los turistas puede ser más bonito que escribirlo sobre los políticos, porque piensa que cada persona es un mundo que se puede reflejar en un libro con infinitud de matices, y el mundo de los políticos da vueltas siempre alrededor de lo mismo. Esto me da ánimos para seguir con mi idea.

Después de hablar con el anciano, que fue una persona muy importante en la guerra contra los portugueses, volvimos al hotel para descansar y tomar una ducha. La ducha está dentro del retrete que tiene estropeadas las cañerías y el olor es muy desagradable; es común para todos, por lo que tenemos que esperar el turno. Tomás no se ha quejado. No ha hecho ningún comentario sobre las condiciones del hotel. Parece un hombre que se adapta a todo. Mientras se duchaba Ada, él ha salido un rato al patio delantero y luego se ha sentado en el porche a escribir en su librito negro. Me ha leído lo que acaba de escribir:

“Yo sé mucho de lagartijas porque he jugado con ellas de niño, así, cada vez que vuelvo al hotel Zulú busco a los lagartos y a las lagartijas en su territorio hasta que termino encontrándolos. Hay uno que ocupa desde la palmera de cocos, en la entrada principal hoy clausurada con candados, hasta las dos plataneras en flor. Otro se recorre las bardas que dan a la puerta trasera en uso, y llega habitualmente hasta la palmera de chebeu.

Hoy le he visto cazar. Una vez divisada su presa entre las hojas del seto y las hierbas, impulsado por sus poderosas patas, ha dado un salto de tres veces su tamaño y con la

misma rapidez ha vuelto al lugar de origen para degustar el insecto.

Vuelve a mí el recuerdo juvenil del parque Güell porque el lagarto se ha subido a lomos de un gran tiesto para mirar desde allí cómo fumo la pipa”.

No está mal, se ve que entiende de lagartos. No sé si me habrá leído esto para hacerme ver que si se puede escribir sobre estos animalitos también se puede escribir de los turistas, que muchos de ellos, sobre todo las mujeres, se pasan las horas tomando el sol en las playas de Saly. Yo tengo un libro, que me regaló mi amiga de los pájaros, que trata de un inglés que fue a Madagascar en busca de lémures y ayeayes.

Ada ya sabe lo que va a hacer esta noche, después de la cena. Piensa ir a un baile que está muy cerca del hotel Zulú y me ha dicho que vaya con él. Ada no está casado y está bien que se divierta. Yo estoy acostumbrado a llevar a los bailes a muchos turistas, pero suelo aburrirme y a veces, cuando se emborrachan, paso malos ratos. Si me decido a ir, le he dicho a Ada que invitaré a Tomás y le ha parecido bien.

4

Una vez elegido el restaurante en que vamos a cenar, Ada y Aliu se han encargado de todo. Nos han dejado a Pathé y a mí sentados a una mesa y se han puesto en camino. Nada que discutir: uno conoce bien la ciudad, otro conduce, y no podíamos subir cuatro personas en el asiento trasero sin riesgo de molestar a Manuela o dañar a Vítor. En la elección hemos tenido en cuenta algunos pormenores que íbamos aportando según se nos ocurrían, tales como que no fuera ni el mejor ni el peor de la ciudad; que estuviera cerca

del domicilio de los invitados, y esto sí fue sugerido por mí, que tuviera mesas al aire libre. Estos deseos nos han llevado a un establecimiento en la zona colonial que cumple los requisitos, aunque la estrechez y la leve inclinación de la calle donde tiende sus mesas lo hace un poco incómodo.

Al principio nos hemos quedado los dos en silencio. Cosa rara que no tengamos ganas de hablar. Él bebe su limonada y mira a uno y otro lado observando las casas de este barrio con sus ventanas y el empedrado de la calle. Por mi parte también estoy plano, sin algún sentimiento que aflore, con las pulsaciones bajas. Tal vez las visitas del día y el calor nos hayan cansado un poco, y aunque la ducha y el pequeño descanso de la tarde fueron reconfortantes, a estas horas el cuerpo ya lo echó al olvido y necesita reponerse. Por fin rompe en un susurro, como si me fuera a hacer una confidencia, para decirme que hoy piensa hablar con Manuela, que yo tengo que comprender, que debe hacerle ver la importancia de este viaje, que lo ha hablado con Ada y con Aliu y que ellos se han mostrado de acuerdo, bueno Ada ha asentido con un movimiento de cabeza. Primero me limito a escucharle sin entender muy bien lo que trata de decirme, luego, cuando creo saberlo, le contesto que el objeto del viaje es cosa mía, personal e íntima, pero que no veo porqué no puede hablar con Manuela todo cuanto le apetezca. Volvemos al silencio. Me doy cuenta de la tontería que acabo de decir: *cosa mía, personal e íntima* como si a estas alturas no fuera sabido por la mitad de los habitantes de África. Intento comprenderlo. Me pregunto si la acostumbrada soledad en la que vivo no me habrá hecho perder los papeles en la primera ocasión que se ha presentado. Si no habré comunicado a Pathé, con mi

cháchara de viejo nostálgico, los sentimientos más íntimos hasta hacerle partícipe de ellos; o si él, simplemente, ha pensado en el grande ridículo que puedo hacer y quiere evitar el dolor de mi orgullo. ¿Acaso sería menos el dolor si nadie, ni siquiera él, hubiera conocido el objeto del viaje? Si lo hubiera ocultado tras el silencio, si una vez encontrada la casa, yo, el amigo, les hubiera pedido que esperaran fuera, no sería el orgullo el que sufriera daño, mas lo sería, sin duda, el sentimiento y seguramente el abandono en la más absoluta soledad. Pero no veo qué culpa puede tener Manuela en esta historia, cuando con seguridad Vítor nunca le habló de mí. Y desde luego no entiendo que él quiera convertir este asunto en una desorbitada cuestión de estado, casi de interés continental al implicar a todos. Aunque en el fondo, no dejo de vislumbrar una semejanza entre esa loca idea suya y el haber convertido las relaciones de un mes en una desproporcionada amistad de veintiséis años.

Algo viene a turbar nuestras reflexiones. Dos vehículos que ruedan en silencio desde lo alto de la calle llegan hasta nosotros y un revoloteo de tropa sin uniforme desciende de ellos y se introduce en el restaurante sembrando miradas por todas partes. Los móviles se activan y más tarde aparece un coche oficial. Creo que en estos momentos ni a Pathé ni a mí nos interesa quiénes pueden apearse de él, sólo nos preocupa la incomodidad de tener personas importantes tan cerca de nosotros. Por suerte tienen reservada una sala en el interior.

Vítor ha venido solo. Quiero decir que lo han traído y no le acompaña su mujer. Enseguida se percata del movimiento de agentes y comenta que se trata del Ministro de Exteriores y el Embajador de Cabo Verde. La cara de

Pathé indica sorpresa, no sé si por la rapidez con que Vítor ha captado la situación que nos rodea o por la respuesta de Manuela a la invitación, cuando a todas luces fue ella quien animó a su marido a que aceptara. En fin, Pathé no podrá sacudir la conciencia colectiva de África en esta cena.

Hemos cedido a Vítor la cabecera de la mesa y ha comenzado entre nosotros una conversación triste, en la que su estado de enfermo, al que ahora agrega la diabetes, es una introducción decadente. Pregunto si en Europa se conoce alguna medicina para su artritis, y yo le digo que no entiendo, pero que creo que es una de las enfermedades clasificadas entre las más de trescientas de origen reumático, para las que no han encontrado todavía un remedio seguro. Según hablo puedo observar que Vítor hubiera preferido encontrarse sentado al otro lado de la mesa, desde donde podría seguir, sin molestias para su cuello, las evoluciones de los que entran y salen del restaurante. Aliu se muestra como un conversador impecable; sutil, simpático y capaz con su palabra de hacer que yo me desentienda de todo. Bebo del vino francés que Vítor ha pedido para acompañar su dieta y lo encuentro soso, sin cuerpo, desprovisto de aroma, como si todo lo prometido en la etiqueta se hubiera perdido en el camino.

A los pocos minutos me siento sordo a lo que se habla y dedicado a pensar en la vuelta. No por ello dejo de apreciar que uno de los chóferes se ha acercado a Vítor y le ha tocado el hombro con gesto de afectado cariño, como se saluda al hijo de una vecina con quien se pretende ser amable. También escucho su voz de ahora, más lenta pero su voz, que explica con complacencia los seis años que estuvo destinado en la embajada de Dakar, y me ha parecido entender que entre sus viajes oficiales se cuenta

uno a España para rendir homenaje a Pasionaria en su entierro. Una ola de pena me invade lentamente y agradezco estar sentado al aire libre.

5

Tomás no quiere acompañarnos al baile. Dice, sonriendo, que no podría competir con nosotros ante las muchachas porque yo le saco una cabeza de estatura y Ada dos, y que la cifra de sus años es mayor que la suma de los nuestros.

6

La música de la discoteca entra a raudales por la ventana de mi habitación. Me consuela. Es como los cantos de antaño después de las lágrimas por la pérdida del amigo que se ha estrellado en un accidente de la vida. Imagino danzando a Ada y Pathé para alejar su tristeza de la tarde. La botella de güisqui está aún entera. Tal vez un trago me haga bien.

Con toda seguridad mis anotaciones en la agenda deberían terminar aquí, pues una leve apatía se me ha instalado dentro, si no fuera por la invitación de la mujer de Aliu que nos ha prometido cocinar el plato típico del país: Caldo de *chebeu*, que se prepara, según traducción de su marido, con arroz, mandioca, *yacatú*, repollo, *cubi*, cebolla, pimiento y pimiento picante, más el aceite de *chebeu* y algún trozo de carne. No puedo resistirme a esta tentación después de varios días con dieta de pescado.

“...Sabana verde toda fresca / sabana verde con verdad expuesta / sabana verde / el perro no se apoderó de mí...”

7

Hoy es sábado y me he levantado de madrugada para decir mi oración, moviéndome con cuidado para no despertar a Ada, que llegó muy tarde porque quiso acompañar a una muchacha desde el baile hasta su casa. Ahora estoy a la espera de oír algún ruido en la habitación de Tomás, quiero proponerle que demos un paseo. También tengo hambre pero debo esperar a que ellos despierten para desayunar juntos. Aliu dijo que vendría con nosotros después de pasar por su oficina en el mercado, podía ser una buena idea ir a buscarlo y que Ada nos recoja luego.

8

Me hace gracia ver el rostro sudoroso de Pathé cuando tan sólo hemos caminado unos doscientos metros. Es verdad que el sol calienta de lo lindo y yo resguardo la piel reseca de mi cara bajo el gorro de tela.

A no mucha distancia, y cruzando la carretera a la altura del hotel Bissau, puedo ver cuatro figuras pequeñas que se recogen en sí mismas con pasitos cortos. Según nos acercamos le digo:

—Son japonesas.

—¿Cómo puedes saberlo?

Esta mañana me encuentro de buen humor.

—Es fácil; por su color, por la forma de andar y sobre todo por la insignia de sus mochilas. Serán de alguna oenegé.

También he divisado un ficus gigantesco a cuya sombra me propongo parar un rato para que mi compañero se alivie del calor. Una de las japonesas, redondita y con gafas, me ha saludado con una sonrisa, tal vez tan extrañada como yo de encontrarnos por aquí.

Bajo la sombra del ficus, donde se guarecen y abanicán algunas mujeres, me hago con un par de periódicos: *Diário Bissau* y *Gazeta de Notícias*, mientras Pathé compra a un vendedor ambulante de frutos secos unas semillas de *cola* y *piti-cola* (*petite-cola*), que me invita a mascar al tiempo que me recuerda que éste es el origen de la propina, aquel fruto del que me habló en la embajada de Dakar, y del que también se cuenta que es bueno para atender a cuatro esposas. No sé por qué estremecimiento del cuerpo, al saborear la semilla me viene el recuerdo de que las tres mujeres que me han sonreído últimamente lo han hecho mostrándome su lado maternal, algo debe de haber en mi cara que atrae a las misioneras. Pathé ha debido de sentir un trastejo similar pues de inmediato deriva la conversación hacia Fatú, que se dedica a trenzar el pelo de las señoras, dice. Que es peluquera, digo yo. Eso, es peluquera de señoras.

Los dos periódicos recogen la noticia de que Nino Vieira quiere volver al país. Uno bajo este titular: “*Quem não tem medo de Nino Vieira?*” y el otro: “*Nino é antes de tudo um problema político*”, pero también ambos hacen referencia a otro asunto aunque con distintos enfoques: “*O Secretário-Geral das Nações Unidas, Kofi Annan, atribuiu a fragilidade de processo democrático na Guiné-Bissau à descida das receitas públicas abaixo das previsões e ao não pagamento dos salários da função pública*”, dice la *Gazeta*, mientras el *Diário* informa: “*Novo salário gera polémica nas Forças Armadas. Impasse no pagamento de salários aos militares*”.

No sabía cómo hacer sabedor a Pathé de mi estado de ánimo, pero se lo debía; por eso urdí el enredo de palabras cuando divisé a las japonesitas, en la seguridad de que él entendería la broma —que no es tal sino una forma de decir que le he copiado—. Mas no ha sido hasta la lectura de los diarios cuando he comprendido el porqué de mi talante de hoy.

Son dos noticias que por separado se me antojan meras anécdotas: un ex presidente que anuncia su regreso y unos funcionarios que ven cómo se retrasa el cobro de sus salarios, pero que al encadenarlas y enredar con ellas, después de leer el texto de los artículos en los dos periódicos, toman un cariz perverso: temido ex presidente, experto en golpes de estado, anuncia su regreso en un momento en que crece el malestar entre los militares. Y cuando he interpretado este mensaje no he sentido nada, nada que vaya más allá de un menguado lamento universal que se pasa con la lectura de un libro ameno, y que nos suele cobijar en la comodidad de que no somos más que un grano de arena en este mundo y nada podemos hacer.

¿Acaso llegaré a encariñarme tanto de Aliu y su familia como para preocuparme por ellos desde casa?

10

Bajo un emparrado de *maracujá*, cerca del pozo en que una niña de incipientes pechos extrae agua fresca al ritmo en que un lagarto hace atléticas flexiones con sus poderosas patas, Aliu ennoblece los momentos previos a la comida con su enriquecedora charla sobre las próximas lluvias, el desbordamiento de los ríos, la inundación de las tierras para la siembra del arroz. También las lluvias regarán los caballones plantados con estacas de mandioca al lado de su

casa. Ya deben de estar al llegar —en el sentido metafórico de que las estaciones caminan.

Bajo el emparrado ha colocado una pequeña mesa que cojea y solícito ha buscado cuatro sillas entre las posesiones de la vecindad para que nos sintamos cómodos. Las flores de granadilla son tan grandes que no abarcaría su perímetro con un círculo que formara entre los dedos corazón y anular de mis manos. Pronto hundimos las cuatro cucharas en el guiso y una suerte de sabores y sensaciones me inundan el paladar.

11

La última noche en Bissau me he acostado tarde porque he permanecido mucho tiempo en la puerta trasera del hotel, a oscuras, sintiendo cómo pasaban las sombras.

De vuelta en Saly

1

Aunque ya lo intuía, este viaje me ha hablado de vivirlo no como un desplazamiento de un instante de la vida a otro, sino como un instante de la vida con existencia propia. ¿Pues qué sería el camino entre el nacer y morir sino un viaje plagado de instantes? Lo digo por la urgencia con que Ada y Pathé se han planteado la vuelta.

Son las ocho y cuarto de la mañana del domingo 20 de junio. A esta hora temprana ya hemos atravesado florestas, pantanos y arrozales. Con una velocidad de vértigo y dando tumbos por los barquinazos del mitsubishi, hemos alcanzado la orilla izquierda del río *Samse*. Yo comprendo que en tan pocos días de ausencia echen de menos sus rutinas, al fin y al cabo sólo el trabajo les ha traído a esta Guinea, pero no quiero pensar que sea una huida de lo que les he hecho vivir.

Ayer Aliu nos asombró con su conversación. A mí me recordó otros tiempos a los que daba por archivados en viejos anaqueles, cubiertos de polvo, y que sólo pervivían para la historia o en universos particulares como el mío, pero creo que para Pathé y Ada fueron el descubrimiento de otras formas de pensar en medio de su propia tierra y de su propia gente. Nos habló del *loco* presidente Koumba Yalá, que le hizo objeto de sus iras por lo que tuvo que andar escondido durante seis meses; el hombre que tras acceder al poder mediante un golpe de estado, recogía en el libro de *Os pensamentos políticos e filosóficos* ideas como: “*A sociedade constrói-se de grau em grau, ou seja por etapas, para que haja uma evolução normal da história*”, o “*A conquista do poder a través de violencia, hoje em dia, tem como resposta a condenação global*”, que es como decir en lenguaje llano: ahora que yo tengo el mando echemos pelillos a la mar.

Pero Aliu se refería sobre todo a la importancia —y la dificultad— de publicar su libro, que le daría un gran prestigio y apoyo para *candidatar-se* a presidente de su coalición, y quién sabe si más adelante, no más allá de un año cuando Henrique Rosa —el interino— convocara elecciones, para Presidente de la República.

Como nuestro proveedor de desayunos aún no se había levantado cuando abandonamos el hotel Zulu II, decidimos visitar el restaurante del hotel Bissau. De nuevo ese tufillo de los hoteles en la Rusia de la *perestroika*.

La mamá de Aliu no estaba en casa. Había tenido que marchar a **** porque su hija tuvo un mal parto y necesitaba su presencia. Su mujer se mantuvo en pie bajo el techado vecinal de palma, por más que le cediéramos el asiento, durante toda la comida, atenta a nuestra

conversación y yendo y viniendo para enseñarme un recipiente de plástico que contenía el aceite de *chebeu* y ofrecerme un puñado de semillas de *maracujá*, ya que tanto interés había mostrado por sus flores. Las guardé en mi bolsa.

Durante el té, cuando Aliú trajo de la casa unas viejas revistas, sólo yo pude retroceder cuatro décadas y aún para mí fue una sorpresa inesperada encontrar en aquel rincón del planeta, donde olía a tierra virgen, las imágenes y reportajes —en mi propia lengua— sobre un joven barbudo con sombrero de ala ancha, ya siempre joven y para siempre barbudo, llamado Camilo Cienfuegos. Como entonces, me dije, como entonces; y claro, no pude evitar el recuerdo del chico italiano del avión.

La tarde era tan agradable y todos éramos tan conscientes de que sería irrepetible, de que ese instante no volveríamos a vivirlo jamás, que la propuesta de hacer juntos la última visita a Bissau fue acogida con entusiasmo.

Aliu descarta como innecesario el edificio que las Naciones Unidas tiene construido en el centro de la capital, y que se alza como un lujo inconcebible y promesa de otra forma de vida inalcanzable para la población, y que, dijo, más habría servido como escuela para nuestros niños o como hospital para nuestros enfermos que como burdel para algunos visitantes.

Este muchacho no publicará su libro, pienso.

Pathé tiene elaborado un plan de viaje con el que pretende llegar hoy mismo a Saly. Será cansado pero yo no quiero retenerlos más tiempo. En el embarcadero, según el termómetro del coche, hay una temperatura de veintiocho grados. La fila de camiones a la espera del *ferry* es de más de medio kilómetro, y él se dispone a hacer gestiones para

aminorar el tiempo de embarque. Prefiere ganarlo con la palabra que con la velocidad en carretera. En los chiringuitos huele a comida, y las mujeres preparan bolsitas transparentes con almendras, cacahuets y frescos de agua y zumo para la venta. En los platos de gambas y quisquillas las moscas se dan un festín. Sin saber porqué, pienso en esas ostras que se abrazan a las raíces de los mangles y que nunca serán encontradas; seguirán su vida rutinaria alimentándose en las aguas que se juntan, y tal vez alguna de ellas llevará una perla en su interior. Pathé ha fracasado en su empresa. En la espera paseamos junto a unas cabañas, nos acercamos —no lo habíamos olvidado ninguno de los dos— a un termitero que viene a ser tan alto como dos veces la estatura de Ada y tiene una solidez de cemento. Al pie de un baobab acaricio la textura agradable de su corteza; los frutos de esta temporada apuntan como pequeñas bombillas de navidad, luego se harán grandes, me explica Pathé, y de ellos se extraerá el blanco pan de mono unido por venitas ramificadas. Bajo su sombra, en el duro asiento de la base de un termitero, enciendo una pipa.

2

Subimos al transbordador a las diez y cuarto. Sólo he reconocido a la niña yola con lengua color de sandía que se mueve de un lado a otro de la cubierta para vender sus frescos. ¿Qué será de las perlas adosadas a las valvas de esas ostras que han jurado amor eterno a las raíces de los mangles y nunca son encontradas? ¿Adónde irán a parar?

A las once y cuarto atravesamos el tramo entre Sedengal y Canjande. Ninguno mencionamos el recuerdo que nos viene a la cabeza. Parece que todo nuestro interés estuviera en devorar la carretera. Sólo lo parece.

En Mpack, tras la *douane*, me despisto un momento observando una cuadrilla de monos y sin saber cómo ni de dónde ha salido, aparece junto a mí, en el asiento trasero, una bella joven de sonrisa azul. Ada explica que vendrá con nosotros unos pocos kilómetros, hasta Ziguinchor. En la seguridad de que no comprenderá mis palabras, me permito preguntarle a Pathé por qué tiene las encías de color, y él contesta, un poco turbado y sin atreverse a mirar atrás, que se las tatúa para estar más bella. Ella, la joven belleza, sonrío más abiertamente y entonces intuyo que ha entendido el sentido de mi pregunta, o, más fácil sería, el sentido de la respuesta de Pathé. El camino hasta Ziguinchor lo voy agotando en una sola reflexión: Si fue mi pregunta o fue su respuesta; o tal vez la predisposición del ánimo de quien se embellece para deducir que todo girará en torno al mundo que ha creado. En este caso, como tantas veces, caí en el juego, y una vez prendido en la tela de araña del conocimiento del alma de los hombres, no tuvo más que captar al vuelo una palabra. Quizás fuera color por su parecido fonético con *couleur* y habría sido mi pregunta, o pudo ser bella por *belle* o *bela* y entonces fue la respuesta. O fue la caída de mis ojos. O fue la turbación de Pathé. O fueron las miradas juveniles de Ada a través del espejo retrovisor.

3

En un suburbio de la capital de Casamance me alcanza la noción de que el viaje ha terminado. Cuando nos adentramos en la barriada de Cherk y Pathé me abandona en el porche de la casa de su amigo diciéndome que ese es un barrio diola, y charlo con un músico y con un artesano y luego enciendo una pipa mientras observo cómo cocinan

las mujeres en sus hornillos de leña, unos cubos de chapa sobre los que colocan, de mayor a menor, hasta tres pucheros superpuestos y rodean las junturas con trapos a guisa de venda para que no escape el calor. Pathé ha recordado todos mis deseos, ha cumplido excepcionalmente como guía en esta corta expedición. Esta noche, cuando lleguemos a Saly le entregaré la otra mitad de su salario. En poco tiempo, a orilla de cada casa, se eleva una pequeña columna de pucheros, humo y vapor junto a la que se inclina una mujer ora para insuflar aire al fuego, ora para remover el guiso. Noto cómo se apodera de mí la olvidada sensación de un mediodía festivo de la niñez, y agradezco el abandono a que he sido sometido mientras él pone en orden sus asuntos y su amistad con Cherk.

4

Son las cuatro y veinte de la tarde cuando llegamos al río Gambia. Hemos dejado atrás la Casamance y vuelvo a las anotaciones en la agenda para escribir, en este caso, que cuando las noticias en Europa me induzcan a pensar en ella, no me asaltará el fantasma de una región inhóspita. A las siete y media todavía no hemos embarcado y Pathé se impacienta, dice que sería grave pasar aquí la noche con los mosquitos. Vuelve a hacer gestiones, esta vez por cuatro mil *sefas*, y consigue la primera plaza para el último *ferry*. Entretanto ha aprovechado para hacer algunas compras: un par de pantalones, una bolsa de té, un kilo de azúcar y una docena de mangos para llevar a casa.

5

El té y el azúcar no llegarán a M`Bour, pues en la última frontera, ya del lado de Senegal, un personaje de uniforme lo ha confiscado. Pathé reprime su gesto de enfado cuando sube al coche.

6

Los síntomas de mi cansancio han sido el escozor de las nalgas en el pliegue glúteo, debido sin duda a los vaivenes del vehículo y el sudor durante las dieciséis horas del viaje de retorno; el acorchamiento de los hombros, y una sensación extraña como si me hubiera crecido un puñado de carne en cada una de las cavidades de las axilas. Por eso me he quedado un poco más en la cama. Por eso y porque no tengo ningún compromiso para hoy, pues ya me despedí ayer de Ada y Pathé que han dado por finalizado su trabajo, si bien Pathé dijo que me haría alguna visita en estos días que me quedan de permanencia en Saly, y me indicó que ya conocía el número de su móvil para lo que quisiera.

Anoche, cuando llegamos al hotel La Medina, apenas tuve oportunidad de mirar los alrededores pues había poca iluminación y la fatiga me vencía. Me dormí con la impresión de encontrarme en medio de uno de los muchos poblados que he visto durante el trayecto, y puesto ante la tesitura de soñar, elegí el barrio diola de Ziguinchor, pero el sueño no ha sido reparador y menos aún gozoso. Creo que en algún momento de la noche oí el patear de un caballo y me levanté a mirar por la ventana.

Desde la cama, relajando el cuerpo para no sentir malestar alguno, pienso que la despedida resultó un poco fría debido a la falta de fuerzas, pero en verdad todo se ha producido con gran rectitud dentro de las leyes que marca el comercio. Ada ha sido un chófer que mantuvo el vehículo

en perfecto estado y sólo con su mirada, a veces descreída, nos participó un alejamiento que bien podía ser debido a una gestión mal proyectada por mí desde el principio. En cambio Pathé ha cumplido sobradamente en todas sus actitudes, y, pienso, que se ha podido involucrar en esta historia más allá de lo que estaba dispuesto en un principio.

Poco a poco me voy sacudiendo la galbana y la primera acción que emprendo, cuando me incorporo, es volver a mirar por la ventana para asegurarme que lo de la noche no fue la materialización imaginada y momentánea de un deseo. No lo ha sido. No lo es. Están ahí. Ocho chozas enteramente de paja en una parcela cuyo perímetro, rectangular, lo bordea un palenque de ramas bien trenzadas que forma un patio de vecinos, y donde una mujer lava la ropa, mientras otra, inclinada, lava el arroz con movimientos circulares de la palangana. Están tan cerca de mí que noto cómo me invade la vergüenza por inmiscuirme en sus vidas, casi en sus cuerpos, sin haber sido invitado.

El sol está alto. Tomo una ducha y pongo rumbo al restaurante, pero Pathé me sorprende por la escalera. Estaba esperando. Ha venido a ver cómo me encuentro, así que salimos juntos del hotel para ir a comer. Almorzamos donde él lo hacía de soltero, un local atendido por una familia humilde que nos oferta *Chebu yen* (distintos preparados de arroz y verduras entre las que aprecio la *bissap*) y postre de *Sou* (especie de yogur dulce con frutas), al precio de seiscientos cincuenta *sefas* el cubierto, con agua fresca embotellada —por la que venimos pagando quinientos *sefas*—. Pathé me dice que les dé mil novecientos (tres euros al cambio).

Siento como si estuviera traspasando una barrera y me resisto. Me dice que es bueno caminar un poco después de

la comida y propone que vayamos hasta la plaza del mercado. De camino me presenta al Alcalde de Saly y me explica que es alcalde por herencia, porque su padre, o su abuelo, fueron los primeros habitantes del lugar, pero que esto no es más que un título de honor. Según me habla pienso que me gustaría leer un día su libro, que seguro disfrutaré con su lectura, aunque su palabra de ahora está viva y el libro pasaría a ser historia muerta. En la plaza me presenta también a sus amigos. Nos sentamos con ellos a la sombra en el bazar que atienden con indolencia porque hay pocos turistas. La conversación es lenta. Ellos ya saben dónde hemos comido, saben que me hospedo en La Medina, ya saben que hemos viajado a Bissau, y sé que saben algunas otras cosas de las que no se habla. No existe la apariencia de queja cuando se conversa de la propiedad de los franceses sobre la mayor parte de los restaurantes y de casas en alquiler, aunque ellos no pagan los impuestos; y si son quejas no alcanzan tal categoría porque se presentan como crónicas orales. Cuando Pathé escriba su libro hará buena literatura porque siempre contará. Quiere que conozca a Darame, que es un hombre culto y me contará muchas cosas de Guinea, pero no llega. De pronto recuerda su promesa de enseñarme el puerto de M'Bour y dice que mañana vendrá a recogerme para comer *Yassa* cocinada por Fatú.

7

La tarde la dedico a pasear descalzo por la playa, recibiendo la brisa atlántica en el rostro, vagando desde la espuma de las olas a la raya privada de los hoteles; desde el horizonte abierto hasta la sombra cambiante bajo las palmeras y acacias doradas por el sol, de pensamiento en

pensamiento, buscando restos en la arena, y como para huir de algo, aletean sobre mí los deseos del turista.

Tras pasados los hoteles, desde lejos, parapetados en la esquina de un chamizo, un grupo de chavales me llaman *¡tubap! ¡ tubap!* entre risas, y les respondo en el mismo tono, sin detenerme, *¡buñul! ¡buñul!*, pero ya no me abandona la idea de que soy un *tubap* que vaya adonde vaya en Saly será reconocido.

Sigo sin prisas arena adelante. Me sobrepasa un joven musculoso con aspecto de luchador. El ritmo que imprime a sus movimientos es más vivo que su propio paso, lo que da la imagen de una maraca agitada por una mano invisible. Pathé me señaló en un periódico la fotografía de su hermano mayor, que fue campeón de lucha senegalesa y ahora es comentarista deportivo. A lo lejos adivino tres figuras de mujer como si vinieran en mi busca; llevan unos pañuelos en sus manos a los que hace volar la brisa.

8

A las cinco de la mañana han inundado mi habitación las voces y las risas del poblado vecino. Estamos tan cerca que cualquier movimiento o cualquier palabra se torna familiar. Ha sido una noche calurosa. Cuando por fin me asomo lo hago sin excusas; me acodo en el alféizar para estar con ellos. Un hombre atiende a la caballería y una mujer barre con tino el inmenso desierto de la parcela, que un día, con el paso del tiempo y el aumento del turismo y la construcción, alcanzará un valor importante en el mercado inmobiliario. Hoy todavía acarrean el agua en baldes y no tienen instalada la electricidad. Las mujeres se peinan unas a otras, entre bromas, y los niños, cargados de energía, corretean por el patio.

Recorro el pueblo de punta a punta, que se extiende, según mi conocimiento, desde el campo de golf hasta la playa. Hago alguna compra en la tienda de los árabes; también elijo un cepillo en el supermercado, y me preparo sin prisas en el hotel, peinando, por primera desde que comencé el viaje, las canas del pelo y de la barba para esperar la llegada de Pathé. Luego me entretengo en mirar las plantas del jardín interior, donde hay pequeños baobabs embutidos en tiestos, que me recuerdan el imperio fabuloso que visitó Gulliver. El hotel La Medina viene a estar en el centro del pueblo, junto al campo de fútbol, y su dueño es un correcto francés, casado con una reina diola que apenas se deja ver.

La invitación de hoy para conocer a Fatú me ha llenado de alegría.

9

Me repito que el viaje terminó anteayer cuando llegamos a Saly y que no tengo nada de interés que reseñar en la agenda, si no es la comida en casa del amigo. No hay *Pathos* en mi ánimo. Iría bordeando los momentos que me acercan a esa soledad que me espera en casa y que tanto deseo, si no fuera por la idea de vivir el tránsito que me ha nacido en estos días y que augura siempre la posibilidad de algo nuevo.

10

Él llega puntual a pesar de que su trabajo terminó. Nos damos la mano.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien; descansado. ¿Y tú?

—Bien, también.

—¿Y tu señora?

—Bien, preparando la comida.

—¿Y tu hijita?

—Ella está feliz. Ya sé que estás descansado porque has paseado por Saly esta mañana y has hecho compras.

No me sorprende su conocimiento. Tengo la seguridad de haberme cruzado con alguno de sus amigos aunque no los haya reconocido.

—Sí. He comprado té.

—¿Para llevar a España?

—Y azúcar, para regalárselo a Fatú.

Pathé, se turba ligeramente y trata de ocultar su estado agachándose para coger del suelo una cuerda de nailon; juguetea con ella y luego me pide que le deje ver cuánto mide mi brazo. Hace una señal de la medida y aplica la llama del mechero para cortarla.

Tomamos un taxi para ir a M'Bour.

11

Fatú tiene, a decir de Pathé, todo lo que una mujer wolof desea. Tiene una habitación alquilada en un inmueble que se alquila por habitaciones, —podría ser un apartamento—, junto al de una maestra, al de un señor mayor que no está nunca porque hace visitas continuas a su hija, y otros vecinos. En su apartamento hay una gran cama de madera de teca bajo la cual guarda su marido una maleta con libros, y otros muebles, además de una televisión, un aparato de radio y un ventilador. Me consta que tiene también el cariño de un hombre que sueña un futuro y el deber de una hija.

Pero yo no sé cuáles pueden ser los deseos de una mujer wolof, sólo puedo decir que ha sido una anfitriona deliciosa.

El paseo por el puerto es como Pathé lo prometía: colorido, mucha gente, pescado. Muy bonito.

*“Marinheiro, oh marinheiro,
tenhas cuidado com o mar
o mar é tão bravo
a canoa é tão pequena
não faz marola para canoa não virar...”*

12

Él me cuenta, mientras tomamos los tres vasos de té según la costumbre sentados en el corredor comunitario, que es feliz con Fatú, que ella es una mujer trabajadora y que no sale de casa salvo para hacer la compra. Cuando pueden hacen un viaje a casa de sus padres, que viven en un pueblo como a ocho horas de viaje en taxi, y ella suele quedarse allí un par de meses. El padre de Fatú le quiere mucho porque es un buen hombre para ella. Fatú entretanto friega los cacharros de la comida y dispone el baño para la hija, una perlita negra de año y medio que lleva alrededor de su diminuta cintura un par de collares de la suerte. Fatú tiene también a Aida, una niña wolof de unos diez años, hija de unos conocidos que acude a diario a su casa y la ayuda en la crianza de su hija. Después del baño, Aida se ha cargado a la espalda a la niñita, atándola con un mantón, y ha salido a dar un paseo hasta que se duerma.

13

Pathé es una buena persona. Es serio, cumplidor y amable, y quiere ser rico; quiere tener su propia casa, su propio hotel donde hospedar a sus amigos y a los turistas. Yo creo que es una aspiración legítima y espero que un día lo consiga. Es un hombre ahorrativo, según me cuenta, pero cumple el precepto del Corán de dar limosna, aunque no consigue retener esta palabra castellana y siempre me pregunta: ¿cómo se dice? Es fácil que yo haya contribuido a su cerrazón porque en algún momento le confié que no soy amante de ese tipo de caridad.

14

Es agradable el calor de la noche contemplando en su silencio el poblado vecino.

15

A primera hora he vuelto a pasear por la playa.

Mañana regreso a casa.

Ya no me sorprende al encontrarme con Pathé cuando vuelvo al hotel. Creo que viene a saludarme como viene a saludar cada día a sus amigos del mercado. A intercambiar algunas palabras. Le pregunto si le apetecería comer conmigo o si desea hacerlo con Fatú. Me dice que Fatú comprenderá, que hoy es mi último día en Saly.

Me ha traído un regalo.

El restaurante elegido está cerca de la valla del campo de golf. Tiene un salón interior y un techado exterior con grandes mesas de madera maciza. Dos de ellas están ocupadas por cinco hombres y una mujer de pelo largo que cae a greñas sobre sus hombros, con nariz de águila y ojos de ratón. Entre los hombres hay dos jóvenes, muy jóvenes, que lucen cadenas de oro y gruesos relojes. Cuando

entramos están enzarzados en una porfía a voces. Los otros tres son viejos —algo más viejos que yo—; uno es totalmente calvo, otro viste un pantalón corto y ancho adornado de muchos bolsillos que deja ver sus piernas aún musculosas y algo cambadas, y el tercero tiene un bigote largo peinado a lo alto como si fueran las crines de un cepillo.

Pathé y yo nos sentamos en la mesa del rincón.

Hay tres camareras jóvenes. Sin duda tres bellezas de Senegal.

El dueño es gordo y fuerte, de mala catadura, y a juzgar por sus risas se diría que camarada de antiguo de los viejos. La mujer nos mira de soslayo y por un momento fija sus pequeños ojos en mí esperando que adivine su pensamiento para recibir un gesto cómplice. Me siento incómodo.

Pathé me dice en voz baja que hay acento árabe en el francés hablado por esas personas. Pero aun cuando tiene una capacidad envidiable para los idiomas no es capaz de asegurar si el acento pudiera ser de Argelia. Una pequeña intuición ha surgido en mi pensamiento.

Ahí lo dejamos para leer la carta y pedir un gran entrecot, refresco de naranja para él y cerveza para mí. Nuestra conversación gira luego en torno a Ada. No han vuelto a verse desde la vuelta de Bissau. Entretanto se han marchado los dos jóvenes y la mujer; ellos dando un gran acelerón al coche y levantando una nube de arena y ella cruzando la calle a trancos silenciosos.

Comienza un espectáculo degradante. Una de las camareras les sirve una bandeja de ostras. El hombre bigotudo comienza a toquetearla. Los otros dos ríen sus actos. Se crece. Vuelve a tocarla entre las piernas a pesar de su protesta. Ella se retira. Vuelve con otra bandeja y al

ponerla sobre la mesa el individuo alarga su brazo, la sujeta por el talle y con la otra mano hurga en su vulva. Le hace daño. La protesta es más airada. Él se lleva la mano hasta la nariz, huele, y juntando sus dedos índice, corazón y anular lo levanta al cielo con gesto histriónico.

No sé si Pathé ha elegido este garito a propósito. Él dice “Son putas”. Y yo digo “África es muy dura”. Y al marcharnos tengo la profunda sensación de que hemos sido cobardes.

Epílogos para un viaje

1

Digo epílogos como dije prolegómenos. Porque no fue una sola razón la que me movió a emprender el viaje sino varias y de diferentes naturalezas, como no hay una sola experiencia después de realizado, sino varias que vienen a explicarse en mis pensamientos, sin un orden determinado, cuando menos lo sospecho.

2

Todo lo que cuento en este librito es real, en el sentido de que el viaje se ha cubierto en las fechas que se indican, del año 2004; las personas que aparecen lo hacen unas veces bajo su propio nombre y otras con nombre inventado, y los hechos han ocurrido tal cual se dicen, si bien la

interpretación pudiera tener otras versiones como lo tendrá su lectura, aunque seguramente más parciales pero no menos dignas de crédito.

3

A Pathé N`Dour lo cito con su nombre verdadero como recomendación para algún lector o lectora que decida visitar Senegal o adentrarse en alguna excursión por estos países, y porque me prestó muchos pensamientos que formarán parte de su libro y un día los podremos comparar.

4

No hay una sola amistad que ocupe toda la amistad como no hay un solo amor que ocupe todo el amor. Como no hay una maldad que ocupe toda la maldad. Como no hay un dios que ocupe todos los dioses. Como no hay un dolor que ocupe todos los dolores...

5

Pathé quiso convertirme al animismo regalándome un dije que debería llevar en el brazo durante el resto de mi vida. El amuleto te traerá suerte, me dijo. ¿Quién puede desdeñar la suerte para el resto de la vida? Entre una promesa de buena suerte y su contrario ¿quién elige lo segundo? ¿quién no se deja seducir? Por gratitud a sus deseos lo he llevado hasta hoy mismo. Ahora me lo quito y lo anudo a la estatuilla de bronce de la reina diola como un buen recuerdo.

6

En los momentos de íntima soledad paseaba por las playas de Saly buscando entre la arena restos minúsculos de perlas.

7

Caminando una tarde, empeñado en esa búsqueda de los granulométricos restos de nácar que los siglos y sus mareas arrastran a la orilla del mar antes de que se pierdan en lo eterno, encontré a tres mujeres que pretendían venderme unos pañuelos. Les dije, abriendo mi mano y mostrándoles mi tesoro, que podíamos hacer un cambio. Rieron y me llevaron con ellas, pero no lo he considerado relevante para este relato.

8

Pero eso ocurrió justo antes de que Pathé me llevara a comer en su casa y Fatú desmenuzara el pollo con sus dedos orillándolo a mi lado de la fuente para que yo lo comiera. Entonces saboreé la envidia.

9

Hay gestos que inducen al error y gestos que iluminan plenamente. (El gesto de Vitor al regalarme su blusa tintada a mano y las lágrimas en el aeropuerto de Bucarest, frente al gesto en que su propia complacencia llevó a aquella persona a hablar de su visita a España en 1989).

10

Durante unos días, tonto de mí, no quise llamar Pasionaria a esa planta y a su flor, por el recuerdo doloroso que me traía, y encontré otros nombres como *maracujá* o granadilla.

11

Sigo amando el recuerdo de Vítor cuando venía con Olguita a la habitación 108 del anexo sindical en la escuela Stefan Gheorghiu de Bucarest. Lo amo como un momento con vida propia, sin consecuencias ni continuidad en el viaje de mi vida. Pero las tuvo.

12

¿Qué es un mes en la vida de una persona? Mucho o nada. ¿Y diez días? En términos aritméticos sería un tercio de un mes. Un tercio de nada es nada; un tercio de mucho sería bastante.

13

Ahora sé que valoro más la idea de la amistad que la presencia del amigo. Comprendo también por qué prefiero estar lejos de los seres queridos.

14

Un recuerdo no agota todos los recuerdos, como un mal recuerdo no puede eclipsar todos los buenos recuerdos.

15

He modificado aquella sentencia wolof a mi manera, y vengo a pensar que el remedio de la persona es el sueño de la persona.

16

En el barrio diola de Ziguinchor fui invitado por una mujer a comer su guiso, pero Pathé estimó que retrasaría

mucho la marcha. De haber ido solo habría aceptado vivir ese momento. Lo estaba deseando.

17

En **** paramos para comprar *kallup* o *senga*, vino de palmera, pero no era su tiempo. Yo quería rellenar las calabazas de la reina diola.

18

La botella de güisqui llegó a casa sin haber sido desprecintada. Ahora me dispongo a echar un trago.

19

No hay una soledad que abarque toda la soledad.

20

Creo que después de seis meses debería olvidar la mirada implorante de aquel pobre perro. Tal vez lo habría logrado de no haberla visto otra vez en los ojos de Vítor cuando los volvía hacia el ministro y el embajador la noche de la cena.

21

En ocasiones me pregunto dónde estarán ahora los jóvenes poetas de los *momentos primeiros da construção*. ¿Adónde van los poetas cuando mueren? Es entonces cuando recuerdo a Rafael Barbosa mirando al futuro desde su humilde casa.

22

Todos los uniformes me causan temor, pero ¿adónde van los militares cuando se desarticulan los ejércitos?

23

Todas las religiones me dan miedo, por eso no podía hacerme animista.

24

Hoy, primero de diciembre, recién terminado de escribir este librito, conecto la televisión para tomar contacto con el mundo y me encuentro otra vez con el viejo amigo periodista que sigue defendiendo su placer de fumador frente a un proyecto de decreto de gobierno que lo castiga. Ya se le curó el catarro. Parece que el tiempo se les hubiera detenido.

25

Sigo teniendo la sensación de cobarde.

Guadalajara, primero de diciembre de 2004